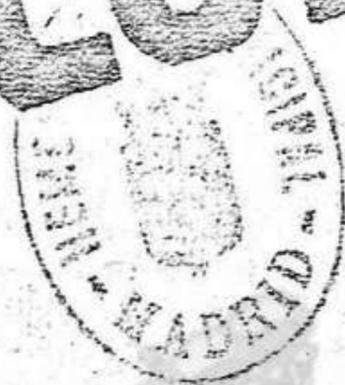


Proletarios de todos los países,
uníos!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA



MINISTERIO
DE CULTURA



¡Proletarios de todos los países, uníos!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

APARECE EN ESPAÑOL, RUSO, ALEMÁN, INGLÉS,
FRANCÉS Y CHINO



Correspondencia y pedidos a:
LA INTERNACIONAL COMUNISTA
Apartado 702 - Barcelona

Giros a:
J. O. PIERA
Vilamarí, 126, 5.º, 3.ª
Barcelona

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
J. Dornier El desenvolvimiento de la revolución en España y la lucha contra el anarco-sindicalismo	3
La situación en Alemania. — Resolución del Presidium del C. E. de la I. C.	19
O. Piatniski Los partidos comunistas de los países capitalistas en la lucha por el frente único	24
El 50 aniversario de la muerte de Marx	
O. Dzenis Marx contra Kautski y consortes	30
K. Marx El lock-out a los obreros de la construcción de Ginebra . . .	42
» Las matanzas de Bélgica . . .	44
» Situación de los sastres alemanes en Londres	47

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En España:

Seis meses. 5 Pesetas
Un año. 10

Número suelto: 1 Pta.

En América:

Seis meses. 0,75 dólar
Un año. 1,50

Número suelto: 0,15 de dólar

En Francia:

Seis meses. 15 francos
Un año. 30

Número suelto: 3 francos

El desenvolvimiento de la revolución en España y la lucha contra el anarco-sindicalismo

LOS dos años de desenvolvimiento de la revolución española transcurridos, han dado al mundo un raro ejemplo de la perseverancia combativa y del heroísmo de las masas obreras y campesinas en lucha.

El período de "júbilo primaveral" motivado por el derrumbamiento de la monarquía el 14 de abril de 1931, ha pasado rápidamente. Desde el 10 de mayo de 1931, con el incendio de los conventos, comienza el desarrollo revolucionario de masas.

En estos dos años, el proletariado español ha tomado una de las primeras filas en las batallas de clase reñidas con la burguesía. Es difícil hallar algo que se pueda comparar con la energía huelguista desplegada por los obreros españoles. Los trabajadores en huelga se cuentan por millones. Las huelgas económicas han sido estrechamente ligadas a las huelgas políticas. Unas y otras han conducido, con gran facilidad, a conflictos armados entre obreros y policía, que degeneraron frecuentemente en revueltas o poco menos.

Los campesinos explotados se han puesto en movimiento menos a prisa que el proletariado, pero una vez en marcha, han dado algunos ejemplos de verdaderas batallas contra las fuerzas armadas del gobierno. A fines del segundo año de existencia de la república burguesa, la revolución agraria ha tomado una amplitud considerable. Según datos de la prensa burguesa, se registraron en enero y febrero de 1933, 170 casos de ocupación de las tierras señoriales.

A pesar de todos los esfuerzos realizados por el gobierno, la revolución de los obreros y campesinos explotados de España no ha terminado, el impulso revolucionario continúa, pasando por las formas más variadas y conduciendo, cada vez con perseverancia mayor, a la lucha directa por la toma del poder.

Pero a este hecho esencial, positivo, que caracteriza el estado de la revolución española, se une otro hecho tan esencial y no menos importante, pero negativo desgraciadamente. El impetuoso desarrollo revolucionario en España continúa, al margen de una organización y de una dirección debidamente concebida. El Partido Comunista español, el único partido capaz de ponerse a la cabeza de la revolución y de llevarla a la victoria, se retrasa con respecto a la colosal importancia del movimiento de masas y no puede todavía darle una forma de organización y canalizarle por el buen camino.

Está fuera de duda que el P. C. español ha realizado notables progresos en su trabajo. De pequeña organización semi-propagandista que agrupaba unos mil miembros, en dos años se ha transformado en un fuerte partido político que cuenta veinte mil miembros y que ejerce influencia sobre dos o trescientos mil obreros organizados en los sindicatos. El P. C. español ha dirigido numerosas batallas obreras y campesinas, algunas de las cuales —como la semana sangrienta del 20 al 25 de julio de 1931 en Sevilla— quedarán para siempre como modelos de heroísmo y de habilidad para ponerse a la cabeza de las masas en lucha.

Pero, sin embargo, el P. C. no es seguido, por ahora, más que por la minoría de la clase obrera. La dirección sectaria de los renegados Adame-Bullejos-Trilla sabotó la línea de la Internacional Comunista, para seguir su propia línea oportunista que impedía ganar las masas para el bolchevismo.

El Partido y su influencia han progresado a pesar de la acción perniciosa del grupo sectario Adame-Bullejos, gracias a la enorme fuerza del desarrollo revolucionario y al impulso espontáneo de las masas hacia la bandera de Lenin. Este desenvolvimiento del Partido y de su influencia hubiera podido ser decuplicado, si la línea de la Internacional Comunista hubiera sido aplicada de manera justa y con la necesaria energía.

De todas maneras, hay un hecho indudable y es que la agencia burguesa en el seno del proletariado (agencia representada en España por el anarcosindicalismo al lado del socialfascismo) consiguió hasta ahora arrastrar tras ella a la mayoría de la clase obrera. Los social-fascistas y los anarcosindicalistas se entusiasman demasiado, indudablemente, cuando manifiestan que las organizaciones sindicales que ellos dirigen, la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo, cuentan cada una más de dos millones de miembros. Pero lo que es incontestable, es que estas dos organizaciones arrastran vastos contingentes de obreros industriales y de asalariados agrícolas. La Unión General de Trabajadores reúne probablemente de 700 a 750.000 miembros. La Confederación agrupa unos 500 ó 600.000.

Cualesquiera que sean las rectificaciones aportadas a estas cifras necesariamente aproximativas, la principal conclusión política que se desprende de lo que precede es bien clara. El P. C. español debe tender todas sus fuerzas para liquidar su retraso, para obtener éxitos decisivos en la lucha por la conquista de la mayoría de la clase obrera y de los campesinos explotados.

Los socialfascistas entran en el gobierno burgués y le prestan una ayuda directa y declarada. Hacen lo posible por frenar el desenvolvimiento de la lucha revolucionaria de masas. Si en algunos casos la presión de las masas les obliga a ponerse a la cabeza de tal o cual huelga (Asturias, Salamanca, etc.), tratan con hábiles maniobras de neutralizar la fuerza del movimiento y de darle fin. Los anarcosindicalistas se hacen pasar por antigubernamentales, sobre todo los anarquistas llamados "puros". Asumen la dirección de numerosos movimientos de masas. Pero envían al proletariado a combatir desarmado, desorganizado; malgastan las fuerzas del proletariado, le fatigan, le decepcionan, garantizando de este modo con mayor seguridad la victoria de la burguesía.

El mantenimiento de la influencia de los anarco-sindicalistas y socialfascistas presenta un peligro mortal para la revolución española. El impulso heroico del movimiento revolucionario de masa no puede conducir

al proletariado y a los campesinos explotados a la victoria, si no es dirigido y organizado por el P. C. de España.

La cuestión de mayor actualidad para el P. C. español es, entonces, la de saber cómo luchar por la conquista de las masas, por la conquista de la mayoría de la clase obrera y de los campesinos explotados, "mayoría" comprendida, claro está, en el sentido revolucionario, leninista, y no en sentido parlamentario.

Esta cuestión, además de ser importante, es urgente, extraordinariamente urgente. Hace dos años que persiste el impulso revolucionario de los obreros y campesinos españoles traicionados por el socialfascismo y el anarco-sindicalismo y que no son dirigidos por el comunismo más que en su minoría.

El progreso de la reacción clerical-monárquica y la entrada en escena del fascismo español no deben ser sub-estimados por el P.C.E. Las masas están cada vez más decepcionadas de la república de abril. Comienzan a separarse de los republicanos burgueses, de los social-fascistas y de los anarco-sindicalistas. Pero de estos obreros que buscan nuevos caminos, sólo una minoría viene por el momento hacia nosotros. Esta situación puede llegar a ser favorable para los demagogos fascistas y para los monárquicos y clericales, si el P.C. no toma en un breve plazo decisivas medidas para ganar a las masas fundamentales de la clase obrera y de los campesinos explotados.

La lucha por la conquista de las masas debe retener cada vez más nuestra atención.

Nos detendremos esta vez especialmente en la cuestión relativa a la lucha por la conquista de las masas sometidas a la influencia del anarcosindicalismo. No hay necesidad de decir, claro está, que la lucha contra el socialfascismo es menos importante. El anarco-sindicalismo merece una mención aparte, ya que es ésta una cuestión especialmente ardua y no estudiada, y también porque el trabajo en el seno de las organizaciones anarco-sindicalistas ha andado siempre muy mal en el Partido Comunista. Además, los acontecimientos del 8 y 9 de enero de 1933, que constituyen un jalón esencial en el desenvolvimiento de la revolución española, están estrechamente ligados a la actividad del anarquismo, a sus métodos de "hacer la revolución". La denuncia ante las masas del método anarquista de "hacer la revolución" sigue siendo una tarea irrealizada por el P. C. español.

Los acontecimientos de enero de 1933 y el papel de los anarquistas

El desarrollo revolucionario en España ha sido marcado en varias ocasiones por una extraordinaria agravación de la lucha de clases. Tal fue, por ejemplo, el período de enero-febrero de 1932. La colisión de los campesinos con la guardia civil en Castilblanco y los asesinatos en la manifestación pacífica de Arnedo, conmovieron todo el país. Cerca de 2.500.000 combatientes tomaron parte, en enero y febrero, en la ola de huelgas políticas de masas que se desencadenó en España. En Cataluña, en la cuenca del Llobregat, la huelga se transformó en sublevación. Los obreros guiados por los anarquistas se apoderaron del poder en la pequeña región de M.

resa-Figols. Este ejemplo mostró claramente una vez más en lo que consiste el contenido auténtico del anarquismo.

La dirección anarquista, desconcertada, no sabía qué hacer. La guardia civil, encerrada en sus cuarteles, fué entregada a sí misma: se tenía por descontado que "se se convencería del derecho del pueblo". Se proclamó el "comunismo libertario" pero no se hizo nada por asestar un verdadero golpe a los órganos del Estado, de la burguesía y de los terratenientes. La dirección central anarquista de Barcelona, no aportó a tiempo una ayuda real a la insurrección y fué aplastada.

Esto ocurría entre el 19 y el 22 de enero. El 25 de enero comenzó la huelga política general de protesta, preparada por los comunistas, contra la represión gubernamental. La dirección anarquista hizo lo posible por impedir y romper esta huelga; llegó incluso a declarar a la policía que los anarquistas no tenían nada que ver con la huelga preparada por los comunistas (San Sebastián).

Así se vió claramente que el espíritu ultra-revolucionario de los anarquistas, no servía más que para ocultar sus maniobras contra-revolucionarias.

En noviembre y diciembre de 1932, tuvieron lugar una serie de grandes y serios movimientos de huelga. De una importancia especial fué la huelga general de mineros de Asturias, que arrastró cerca de 30.000 obreros y la huelga general de Salamanca, que se extendió a la ciudad y a unos 200 pueblos. Al mismo tiempo comenzaron los preparativos de huelga general de los ferroviarios. Se vió multiplicarse en los campos la ocupación de las tierras señoriales. España entraba en el nuevo año 1933, cuando el impulso revolucionario se acentuaba cada vez más en la ciudad y en el campo.

En esta atmósfera estallaron los acontecimientos del 8 y 9 de enero en Madrid y Barcelona, acontecimientos que tuvieron repercusiones y una prolongación en otras regiones del país.

En Barcelona, el 8 de enero, un grupo armado de bombas y de revólveres, atacó el cuartel de San Agustín, hirió a un centinela y disparó sobre el edificio. Al mismo tiempo se produjeron choques armados en diversos puntos de la ciudad. La policía detuvo, en varios lugares, automóviles cuyos ocupantes eran portadores de bombas y de armas de fuego. Algunos de ellos hicieron resistencia. En la estación se oyeron disparos. En algunas calles se disparó contra los agentes de la policía. Un tiroteo especialmente nutrido partió del balcón del inmueble ocupado por el Sindicato de Empleados de la Industria Hotelera. La policía sitió la casa y la tomó por asalto.

Análogos acontecimientos se produjeron en Madrid el 9 de enero. Se hicieron ataques contra los cuarteles de María Cristina, la Montaña y Cuatro Vientos. El tiroteo fué especialmente vivo en las proximidades de este último cuartel. Se dispararon centenares de tiros. Los soldados y la policía rechazaron el ataque.

La completa absurdidad de estos ataques armados, resalta sin necesidad de demostrarla especialmente. Fueron realizados al margen del movimiento de las masas, sin su apoyo. Iban dirigidos especialmente contra los cuarteles, contra los soldados, sin haber hecho el menor intento de sublevar al menos una parte, contra el mando.

Semejantes acciones no pueden tener una significación revolucionaria positiva. Al contrario, revisten un carácter objetivo de provocación, separan a los soldados de la revolución y ayudan al Gobierno a acentuar la

El interés del Gobierno español por esta provocación estaba estrechamente ligado a la amenaza de huelga general de ferroviarios. Y no es una casualidad que los primeros detenidos fuesen los organizadores de la huelga. No es una casualidad tampoco que la preparación de la opinión pública para la eventual acción, fuese emprendida por la prensa gubernamental algunas semanas antes de los acontecimientos en cuestión. Se descubrió una fábrica secreta de bombas. Se expuso en detalle la perniciosa actividad de esta fábrica que se afirmaba que había inundado el país de bombas. La marcha de los acontecimientos, las medidas de prevención adoptadas, prueban que la policía estaba perfectamente al corriente de la cosa y del lugar en que debía ocurrir.

Es cierto que no se trataba de una simple, de una habitual provocación policíaca. La amplitud de los acontecimientos era demasiado vasta para que hubiera podido explicarse únicamente por el trabajo de agentes a sueldo.

La organizadora de las acciones armadas en Madrid y Barcelona, fue la F. A. I. Los propios dirigentes de la F. A. I. lo reconocieron abiertamente en el manifiesto publicado el 10 de febrero. Los anarquistas se guiaban, durante la acción, por su propio plan. Intentaban "hacer la revolución". La naturaleza de los movimientos de Cataluña, Valencia y Andalucía, que acompañaban a los acontecimientos del 8 y 9 de enero y que estaban también dirigidos por la F. A. I., no dejan ninguna duda a este respecto.

En Lérida reviste todavía el movimiento, hasta cierto punto, un carácter enigmático. Como en Barcelona, un pequeño grupo de hombres armados mata un centinela y penetra en el cuartel. Después de un cambio de disparos, los asaltantes desaparecen. En el pueblo de Ripollet (Barcelona) el cuadro se dibuja con mayor relieve. Los elementos anarquistas proclaman el "comunismo libertario" y enarbolan la bandera negra y roja.

En Valencia, el hecho es todavía más patente. Aquí las masas son arrastradas al movimiento. Comienza la huelga general. Los anarquistas publican un manifiesto en el que proclaman la iniciación de la revolución social. En Pedralba y Bugarra es proclamado "el comunismo libertario" y se libran batallas con la guardia civil. El movimiento se manifiesta también en Andalucía. No lejos de Sevilla, en la Rinconada, se instaura el comunismo libertario. En Casas Viejas, (Cádiz) estalla una colisión armada durante la cual la guardia de asalto se muestra particularmente feroz y mata cerca de 30 personas.

Este conjunto de movimientos simultáneos muestra que la F. A. I. ha hecho en realidad un intento serio de realizar la revolución a la manera anarquista.

C. N. T., órgano madrileño de la Confederación Nacional del Trabajo publicó el 10 de enero un manifiesto titulado *Revolución proletaria*. "Adelante, trabajadores, se dice en este llamamiento, la época de la esclavitud ha terminado. La ciudad y el campo, unidos en un ideal común de liberación, han entrado en la lucha abierta. Queremos vencer al enemigo. Adelante, trabajadores".

Los acontecimientos de enero toman, en consecuencia, una significación especial, porque revelan claramente en la práctica el falso revolucionarismo de los anarquistas, mostrando cómo "hacen la revolución".

En Rinconada se anunció que la revolución triunfaba en toda España.

de saber cómo tenían que comportarse respecto a las autoridades locales y a los elementos burgueses. ¿Encarcelarlos?

“Entonces — copiamos los términos de un corresponsal que visitó el teatro de la acción — el comunismo libertario se transformará en comunismo de Estado y la execrada dictadura del proletariado habrá hecho su aparición. ¿Qué hacer? Alguien dice: ¿no representamos nosotros el comunismo libre? Entonces, pongámoslos en libertad. Y en un transporte de entusiasmo general, se les puso en libertad y se les dejó partir sin dificultad... a Sevilla donde informaron a la policía de lo que había ocurrido” (Ahora, 11-1-933).

El hecho de que la prensa burguesa exponga así los acontecimientos subraya todavía más el verdadero sentido de los actos anarquistas.

En Pedralba, como un año antes en Manresa-Figols, se decidió dar a los guardias el tiempo de reflexionar. “Convenceremos a los guardias. Al menos es preciso esforzarse por convencerlos” (El Sol, de 18 de enero de 1933).

Esto es la revolución anarquista. Los guardias fueron, naturalmente, muy dichosos de que se les dejase tiempo de “reflexionar” y de “convencerse”.

Pero lo que importa sobre todo, es la acción de los anarquistas en Madrid y Barcelona. Los anarquistas han probado claramente cómo estiman necesario asestar el golpe decisivo a la burguesía en sus principales centros. En el manifiesto del 10 de febrero, la F.A.I. reconoce expresamente no haber considerado útil llamar a las masas a participar en la acción. La idea del golpe de sorpresa, efectuado por un grupo de “valientes”, es presentada por los anarquistas como una receta mágica para hacer la revolución.

En realidad este golpe de sorpresa en Madrid y Barcelona desempeñó un papel provocador. Permitted a la burguesía aislar momentáneamente el peligro de una huelga de ferroviarios y expuso a las organizaciones obreras en condiciones desventajosas a los golpes de la burguesía. A pesar suyo, los anarquistas ayudaron a la provocación gubernamental. Y cuanto más honrado es subjetivamente el ardor de los anarquistas, más mortal será para ellos el veredicto de la historia.

Engels escribía en su tiempo respecto a la experiencia de la revolución española de 1873: “En una palabra, los bakuninistas en España nos han mostrado el ejemplo incomparable de la manera cómo no debe hacerse la revolución”. Estas palabras pueden repetirse con justicia hoy todavía, teniendo en cuenta que en 1933 el crimen de los anarquistas es mucho más grave que hace sesenta años.

Al evocar los acontecimientos de 1933 y sus enseñanzas, importa evidentemente no confundir la acción armada anarquista, con el magnífico movimiento de masas que se ha desarrollado en todo el país. Con respecto al creciente desarrollo revolucionario, la acción armada de los anarquistas en Madrid y Barcelona aparece como un acto extraño y hostil. Allá donde la bandera anarquista agrupaba masas más o menos grandes, hay que diferenciar también el movimiento de las masas, digno de admiración, de la dirección anarquista que las lleva al fracaso.

El proletariado en lucha bajo la bandera leninista apoya toda acción revolucionaria de masa contra la dominación de las clases explotadoras,

Partido Comunista defiende a los anarquistas perseguidos por el gobierno pero desenmascara al anarquismo ante la clase obrera.

El Partido Comunista y el anarquismo después de los acontecimientos del 8 y 9 de Enero

El P.C. español debe ayudar al proletariado a sacar las enseñanzas que se imponen, de los acontecimientos del 8 y 9 de enero. Ya ha hecho mucho en este orden de cosas. La prensa del Partido comenzó a denunciar la provocación que se preparaba antes del 8 de enero, en cuanto el gobierno anunció el "descubrimiento" de una fábrica de bombas. Este es el mérito del P.C. de España. Tiene además otro mérito indudable: el de que inmediatamente después de los sucesos del 8 y 9 de enero, se orientó hacia el refuerzo del frente único con los obreros anarquistas y el desenmascaramiento de sus dirigentes.

Peró la aplicación de esta línea de conducta, justa en su conjunto no ha tenido el éxito necesario. Durante la campaña desplegada por los comunistas se manifestaron graves errores y debilidades.

Dos consignas esenciales, ligadas la una a la otra, fueron formuladas: "Obreros anarquistas, expulsad a vuestros jefes, cobardes y traidores." "Exigid la celebración del congreso de la C.N.T. para juzgar a vuestros jefes." Ahora bien, las dos consignas son inexactas, tanto en su formulación abreviada, como en la exposición detallada que fué hecha en artículos interpretativos.

Ante la debilidad de nuestra acción en el seno de la C.N.T., la consigna de su congreso extraordinario, formulada desde fuera, carece de sentido. El congreso de la C.N.T., con la ausencia de una potente oposición comunista, no podría conducir más que a una cierta consolidación y a una determinada afirmación de tal o cual fracción anarco-sindicalista. La falsedad de esta consigna aparece con extraordinario relieve en el mensaje sobre unidad sindical, donde se recomienda a los sindicatos anarquistas esperar el congreso general para obtener la adhesión de la C.N.T. en bloque al movimiento de unidad sindical. De hecho esta orientación frena la adhesión de los diferentes sindicatos anarquistas al movimiento de unidad sindical.

El error principal consiste, sin embargo, en la orientación que tiende a expulsar a los "jefes cobardes y traidores". Hay aquí evidentemente la buena intención de trazar una línea de demarcación entre los obreros anarquistas y los jefes, de asociarse a los primeros y de combatir a los segundos.

Peró esta buena intención, apoyándose en la orientación justa hacia el frente único por la base, toma tales formas concretas que se transforma en su contraria.

Al limitar la cuestión a las cualidades personales de los jefes de la F.A.I. nos colocamos en una difícil postura con respecto a los obreros anarquistas. No puede ignorarse que, personalmente, por su conducta concreta, los jefes de la F.A.I. se diferencian de los jefes social-fascistas del grupo Pestaña-Peiró. Sectarios irreductibles, los pequeños burgueses de la F.A.I., colocados ante el desarrollo revolucionario, participan personal

mente en la lucha, dando prueba de valor personal y de devoción por sus principios.

Querer demostrar al obrero anarquista que Durruti, Ascaso, Oliver, etcétera, son cobardes, es absurdo, porque estas gentes han dado suficientes ejemplos de valor personal, han sido innumerables veces encarcelados y deportados.

No se trata de falta de valor ni de abnegación por la causa, de los jefes anarquistas. La verdad es que el contenido del anarquismo, de su ideología, de su táctica de lucha, hace que desempeñe un papel objetivamente contrarrevolucionario, a pesar del valor personal.

La tarea del P.C. es mostrar a los obreros anarquistas cómo los más honrados y abnegados de ellos, por el carácter desorganizador, contrarrevolucionario, del anarquismo, perjudican a la revolución, se hacen cómplices de la provocación gubernamental. La tarea del P.C. consiste en preconizar el abandono del anarquismo por el comunismo, y no la depuración de las filas anarquistas de los cobardes y los traidores, es decir, en el fondo, la consolidación del anarquismo.

Este vicio radical de la consigna formulada se subraya particularmente por el hecho de que en la mayoría de los casos la prensa del Partido habla de la cobardía y de la traición de "algunos" jefes anarquistas. De este modo se da a entender involuntariamente que hay buenos jefes anarquistas, que al parecer no merecen ser condenados en el congreso extraordinario y pueden continuar asumiendo la dirección de las masas obreras. La falsedad de esta orientación es absolutamente evidente.

A la luz de esta orientación fundamental, se ve también claramente la falsedad de la característica del P.C., opuesta a la del anarquismo.

"El P.C. no opone ni principios ni postulados, ni insiste en sus divergencias teóricas con el anarquismo o el socialismo, cuando llega el momento de la lucha. Una sola cuestión debe existir para todo revolucionario. ¿Interesa la acción a los trabajadores? En caso afirmativo, emprendamos la lucha. Importa poco saber si esta acción es obra de anarquistas, de socialistas o de comunistas. Obrar de otro modo equivaldría a luchar contra nuestros propios intereses y el que procede de ese modo traiciona la revolución."

Las divergencias de principio no deben impedir, bien entendido, la acción común de los obreros comunistas, anarquistas y socialistas. Se pierde de vista aquí, si embargo, que la acción común debe consistir precisamente en probar a los obreros anarquistas y socialistas, sin dejar de luchar contra el enemigo de clase, la superioridad de los principios comunistas, en asestar, paralelamente, un golpe a los principios anarquistas y socialfascistas, en libertar a los obreros de su influencia. Es cierto que no se debe organizar en lo más fuerte de la lucha discusiones académicas sobre "postulados" abstractos. Pero hay que convencer a los obreros anarquistas y socialistas, de una manera seria y amistosa, de lo bien fundado de nuestra posición, en particular en el momento de la acción común.

La prensa de partido no daba una seria crítica de principio de la concepción anarquista de la revolución, sobre la base de los recientes ejemplos tomados de la realidad. Ni siquiera ha explicado sensatamente el carácter funesto y provocador de los tiroteos dirigidos contra los cuarteles.

Es muy posible que algunos camaradas eviten hacer la crítica de principio del anarquismo y del socialfascismo, temiendo no establecer una

diferenciación entre los jefes y las masas. Es este un profundo error. Atacar el anarquismo en tanto que corriente social determinada, no equivale de ningún modo a atacar a los obreros anarquistas; al contrario es prestarles una ayuda necesaria para permitirles libertarse de la cautividad burguesa. Justamente así es como hay que plantear la cuestión.

Es necesario denunciar la traición de los jefes anarquistas. Y es sobre la base de los principios, para mostrar que esta traición es debida al carácter mismo de la ideología y de la política del anarquismo. Y entonces ya no habrá duda sobre si se debe hablar de todos los jefes o solamente de algunos de ellos.

La tarea más importante planteada ante el P.C. por los acontecimientos del 8 y 9 de enero, la tarea que consiste en desenmascarar resueltamente, desde el punto de vista de principio, el método anarquista de "hacer la revolución" se halla así irrealizada. Importa, pues, concentrar atención y las fuerzas suficientes para realizarla.

Algunas cuestiones relativas a la crítica del anarquismo

Ante todo es necesario vencer algunos puntos de vista erróneos en apreciación del anarquismo y del anarcosindicalismo español. Hay tendencia a establecer una distinción de principio entre la fracción Pestaña-Peiró, como anarcosindicalista, anarcorreformista, y la F.A.I. como anarquismo puro. Y si es lícito, conforme a esta tendencia, llamar a los primeros enemigos, es necesario calificar a los segundos de "amigos que se equivocan".

Es esta una discriminación inexacta. Es cierto que los obreros anarquistas son para nosotros amigos equivocados, hermanos de clase equivocados. Pero esto es también cierto para los obreros que siguen a Pestaña-Peiró, así como para los obreros socialistas. En cuanto al anarquismo más puro, al más "izquierdista", para nosotros es una corriente hostil así como el anarcorreformismo y el socialfascismo.

Tenemos tanta menos razón de oponer el "anarquismo puro" al anarcosindicalismo, cuanto que la F.A.I. se atiene prácticamente a las posiciones sindicalistas, operando en el seno de la C.N.T. y como su fuerza directriz. La base ideológica de principio de la F.A.I. y de Pestaña-Peiró es una y la misma. El sitio esencial es reservado en ella a la consigna de comunismo libertario. Tanto la F.A.I. como Pestaña, ponen los dos el comunismo libertario a título de panacea universal contra los males sociales.

Para criticar la consigna de comunismo libertario, para denunciar su verdadera esencia, se ha hecho muy poco hasta ahora. Es esta una omisión intolerable. Algunos comunistas participan todavía de la opinión de que el comunismo libertario de los anarcosindicalistas es precisamente la fase superior del comunismo al que nosotros aspiramos. Por tanto, los anarquistas tienen el mismo ideal que nosotros y se diferencian solamente en la elección del camino a recorrer. Insuficientes realistas, se muestran impacientes y quieren alcanzar la futura sociedad sin clases de una vez "en aeroplano", sin darse cuenta de la necesidad de pasar por la fase de la dictadura del proletariado.

Es esta una manera extraordinariamente peligrosa, no bolchevique, doctrinaria, no política, de plantear la cuestión. Es una gran concesión al anarquismo; es reconocer que el anarquismo se da una idea razonable de la sociedad futura. No es una casualidad que justamente este punto de vista haya sido emitido y propagado por el jefe del partido social revolucionario pequeñoburgués cercano al anarquismo. No basta que los anarquistas hablen de la sociedad armoniosa, organizada. En la discusión con los obreros anarquistas, importa tomar su tendencia instintiva a la sociedad organizada sin clases, como punto de partida para probar lo bien fundado del bolchevismo. Pero no hay que embellecer al anarquismo con el reconocimiento de que su "ideal" es una verdadera sociedad organizada sin clases.

El "ideal" anarquista de hecho está bastante alejado de las concepciones bolcheviques del comunismo. Nosotros vemos la fase superior del comunismo, cuando no haya ni clases ni Estado, de una manera muy diferente de como la ven los anarquistas. Nosotros concebimos para el porvenir una sociedad organizada de trabajadores libres, basada en la más alta técnica y en un plan económico único. En cuanto a los anarquistas, entrevén una federación de comunidades pequeñoburguesas con el mantenimiento de la pequeña producción y el cambio entre pequeños productores.

En el folleto recientemente aparecido de Isaac Puente, conocido teórico del anarquismo, *El comunismo libertario*, esta sociedad pequeñoburguesa es descrita con más o menos detalles "donde cada centro habitado ofrecerá el excedente de su producción a cambio de lo que le falte" (página 37). Esto está muy lejos de la consigna comunista "de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades".

El "ideal" de Isaac Puente mantiene los cambios y conserva de hecho las clases, o al menos el terreno que engendra las diferencias de clase.

De una manera general, los anarquistas no se dan una idea clara de la sociedad futura. No van más allá de las confusas fantasías pequeñoburguesas. Es más, incluso erigen en virtud su falta de perspectivas. En el mismo folleto hace Isaac Puente esta declaración "original":

"(Los hombres) comienzan por la decisión de obrar y, al obrar, aprenden. El médico comienza a cuidar antes de poseer su arte; se hace dueño de él equivocándose y fracasando innumerables veces. Antes de haber aprendido la economía doméstica, la mujer alimenta a su familia manejando su salario insuficiente". (*Comunismo libertario*, pág. 19.)

Hay que explicar a los obreros todo lo nocivo de los intentos hechos por los fanfarrones pequeñoburgueses para transformar al proletariado en víctima de las experiencias de los médicos no iniciados en su arte. La revolución impone el conocimiento de las leyes que rigen la lucha de clases, impone claras perspectivas. El argumento relativo a la mujer de casa que "antes de haber aprendido maneja su salario insuficiente", es especialmente característico de la estrechez pequeñoburguesa de la "teoría" anarquista. ¿No es la economía pública algo más compleja que la economía doméstica de una sola familia? Sobre este punto no puede prescindirse de un estudio previo de la lucha de clases. Es preciso mostrar a los obreros anarquistas que el "estudio previo" de la lucha de clases hecho por Marx y Lenin, es absolutamente indispensable para organizar bien la lucha del proletariado contra la burguesía.

Cuanto más se profundizan los r... namientos "teóricos" de los 'anar-

quistas, más claramente se ve su contenido prudhoniano oportunista pequeñoburgués. Proudhon es justamente el representante más notorio de la idea utópica sobre el cambio sin dinero entre pequeños productores. Son los prudhonianos los que defendieron contra Marx la intangibilidad de la "economía doméstica", familiar, por la que Isaac Puente continuó guiándose.

El P.C. español ha hecho muy poco hasta ahora para denunciar debidamente, ante los obreros anarquistas revolucionarios, este contenido derechista, conservador, no revolucionario, de la idea anarquista. Nuestros camaradas han insistido más en el hecho de que es inadmisibles saltar por encima de la dictadura del proletariado, sin darse cuenta de que este salto no es lo que hay de más esencial, puesto que los anarquistas no tienen siquiera adonde saltar. Los anarquistas simulan tomar impulsos de importancia, pero esto no es más que un gesto. Es preciso, pues, mostrar a los obreros lo que se oculta detrás de este gesto de los anarquistas.

Hay algunos ejemplos que se salen de lo ordinario. Un señor llamado Schmidt, fabricante de Barcelona, entregó por algún tiempo su fábrica a un comité obrero dirigido por anarquistas. Al regreso de Schmidt, el comité obrero le restituyó la fábrica en toda su integridad. Solidaridad Obrera publica la carta del fabricante en la que este último da las gracias a los obreros y expresa el deseo de que "esta armonía recíproca continúe durante largos años". El órgano central de los anarquistas añade por su parte: "Los comentarios son superfluos. Publicamos estas líneas para dar satisfacción a los obreros de la fábrica Schmidt y a título de lección para los burgueses interesados y desconfiados."

¿Qué tiene de común esta complacencia servil ante los "buenos" burgueses, con la política proletaria revolucionaria, por inconsecuente y mal comprendida que sea?

Los anarquistas españoles, los más "puros", los más "extremos", confirman cada día más la indicación de Lenin, señalando que hay todo un abismo entre el anarquismo y el comunismo; que la concepción de los anarquistas es una concepción burguesa al revés, que son partícipes de una u otra política burguesa. Del mismo modo se confirma cada día la justeza de la afirmación de Stalin diciendo que el anarquismo y el anarcosindicalismo son "en el fondo, una variedad socialdemócrata".

Evidentemente, hay que saber observar lo que distingue el socialfascismo del anarcosindicalismo, la fracción de Pestaña de la F.A.I. Pero es necesario destacar la base común que engendra las distinciones para atacar sobre este punto con tanta mayor seguridad.

El defecto extraordinariamente importante de la crítica aportada al anarquismo por el P.C. español, es que esta crítica se diría que parte de la derecha, incluso a veces parece deslizar hacia la posición de los "realistas" que no saben más que contener a los revolucionarios impacientes. Este estado de cosas hace perfectamente el juego a los demagogos anarquistas que difunden la calumnia de la unidad del socialfascismo y del bolchevismo. Frente a esta calumnia es importante descubrir la realidad de las cosas. Hay que mostrar que el anarquismo y el socialfascismo son dos variedades de la influencia oportunista ejercida por la burguesía y la pequeña burguesía sobre el proletariado, dos métodos empleados por la burguesía para esclavizar al proletariado.

No hay duda de que hay que denunciar los gestos de "izquierda" del anarquismo, su putchismo provocador. Pero es preciso proceder de

manera que se vea cómo estos gestos de "izquierda" abrigan un contenido de derecha y, al atacar este último, descubrir la verdadera faz del bolchevismo, el único partido revolucionario del proletariado. Es preciso mostrar que no es la impaciencia revolucionaria lo que constituye el principal crimen del anarquismo, sino su sabotaje de la lucha política del proletariado, de la organización de la revolución.

¿En qué consiste el sentido objetivo del odio que tienen los anarquistas al partido político de la clase obrera, a la dictadura del proletariado? En el apoyo de la política burguesa y en el desarme del proletariado frente a todo el que quiera arrebatarse su partido y el poder político, dejándole de este modo las manos inermes.

Desarme del proletariado, este es el crimen principal del anarquismo, el contenido esencial de su actividad diaria. En cuanto a las acciones revolucionarias (como las del 8 y 9 de enero) no son más que gestos aislados de pequeño burgués rabioso.

Esta "lucha" contra el gobierno burgués de coalición, no puede ser llamada revolucionaria. De hecho los anarquistas tienden, en este caso, no a desarmar al Estado burgués, sino a sustituir el gobierno Azaña-Prieto por otro gobierno burgués sin socialistas.

Importa también examinar otra circunstancia que tiene una importancia de primer orden: es la ligazón del anarcosindicalismo con el fascismo, la aparición de un singular fascismo ibérico en la vecindad inmediata del anarquismo, en parte en su propio medio y en todo caso en un terreno ideológico común. En Portugal ha crecido un movimiento "nacional-sindicalista" fascista, cuyo sentido e importancia resaltan claramente de su misma denominación. En España también se ha organizado un grupo "nacional-sindicalista". No tiene todavía ninguna fuerza política, pero es significativo como síntoma, como iniciación.

Más significativo, no ya como síntoma, sino como una fuerza política real, son el grupo La Tierra y el partido social revolucionario de Iberia. (Así se llama ahora la minoría del partido social revolucionario después del paso de la mayoría, con Balbontín a la cabeza, al comunismo.) Estos dos grupos están muy próximos al anarquismo, hacen bloque con él y le sostienen. El partido social revolucionario de Iberia motivó su negativa a seguir a Balbontín, precisamente en el deseo de no romper con el anarquismo. Cosa característica: aunque La Tierra ataque frecuentemente al fascismo, este grupo representa una de las vías que sigue el desenvolvimiento del fascismo en España. El director de La Tierra, Cánovas Cervantes, propaga enérgicamente su teoría nacionalista de raza de la revolución española y realiza una campaña desenfrenada contra el marxismo.

No es una casualidad que se hayan dejado ver notas simpáticas a Hitler en las columnas de La Tierra. Hitler representa la revolución de "raza", mejor que los "valientes comunistas de Thaelman y Remmele", declara Francisco Mateos, hoy uno de los jefes del partido social revolucionario de Iberia. (La Tierra, 17 de septiembre de 1932.)

La Tierra explica sus simpatías hacia el anarquismo, por el hecho preciso de que "el anarco-sindicalismo es un fenómeno fundamentalmente español. Lo que tiene de sintomático es que no obedece a ninguna doctrina extranjera. No es el marxismo" (6 de septiembre de 1932). No es necesario explicar lo que quieren decir estas afirmaciones.

Es de gran importancia observar que los anarcosindicalistas aceptan con satisfacción estos elogios. Además, ellos mismos se vanaglorian de

su "originalidad de raza". La F.A.I. es justamente la federación de anarquistas de Iberia. En su campaña antimarxista, los anarquistas se quieren dejar ganar por La Tierra. Tampoco se quedan atrás en calumnias antisoviéticas absolutamente disparatadas. La prensa anarquista y La Tierra ocupan sin lugar a ninguna duda las primeras filas frente antisoviético contrarrevolucionario. Para probarlo, basta citar algunos pasajes de la tesis del anarquista Comejas Vicente, publicadas en La Tierra del 14 de febrero de 1933.

"Rusia ha hecho una revolución de tipo capitalista. Hay un abismo entre esta revolución y la anarquista. Parece que la única solución que queda a las naciones organizadas, según el antiguo modelo, es el aniquilamiento del bolchevismo. La revolución rusa podría servir de embrión voluntario e indirecto para una nueva era, si consiguiésemos hacer suerte que estallase la guerra contra ella."

Los anarquistas se colocan como los instigadores directos de guerra contra la Unión Soviética. Es este un hecho que no necesita comentarios. Si a esto se añade que los anarquistas son de un tesón excepcional en su lucha contra el P.C. español, que practican el terror contra los militantes comunistas y declaran que para ellos "el comunismo es peor que el fascismo", no hay duda que puede hablarse con pleno derecho del crecimiento de los elementos anarcofascistas en España.

En el fondo no tiene nada de extraño. El pequeño burgués rabioso desvía fácilmente contra el proletariado los golpes que destinaba a la burguesía. Es preciso sustraer al obrero anarquista a la influencia ideológica de los pequeñoburgueses. A este efecto conviene desplegar una crítica de principio, seria y profunda, del anarquismo, sin detenerse en los hombres "equilibrados" que tratan de vencer a los "impacientes", sino ateniéndose a la posición de los únicos revolucionarios, de los revolucionarios proletarios, bolcheviques, que tratan de arrancar la envoltura izquierdista y demostrar todo lo que el anarquismo encierra de oportunista, traidor, de desorganizador y de provocador.

El frente único de combate con los obreros anarquistas y socialista

Basta separarse un solo paso de la verdad incontestable para que "esa verdad se torne error", decía Lenin. Por eso debemos ponernos en guardia contra la falsa interpretación de la necesidad, subrayada por nosotros, de desplegar una crítica de principio contra el anarquismo.

Esta crítica necesaria no debe ser interpretada como una crítica doctrinaria, académica, desprovista del contenido político y del tacto indispensables. No hay que perder de vista un solo instante la tarea esencial que consiste en ganar las masas a nuestro lado, en formar el frente único con los obreros anarquistas.

La cuestión relativa a una seria crítica de principio de las propias bases del anarquismo, se plantea justamente por estos motivos de actualidad política, en vista de la necesidad de convencer a los obreros anarquistas. No se puede convencer a las gentes conservando la fe en los principios antiproletarios erróneos, más que con una crítica seriamente fundada de estos principios, y no de ningún modo con ataques desorientados, inyectivas y vulgares acusaciones personales.

Pero conviene tener en cuenta, además, otra circunstancia importante. De una manera general, no podría convencerse a los obreros anarquistas y desenmascarar a la dirección anarquista sólo por medio de la polémica literaria, por muy acertada que fuese. Para esto es preciso ante todo demostrar claramente en la práctica de la lucha, que el P.C. sabe guiar a las masas en las batallas de clase, que organiza, cimienta las fuerzas de la revolución, al contrario que los anarquistas que desorganizan, debilitan las fuerzas en cuestión. No se puede convencer a las masas hasta el fin más que por la acción, demostrando con el ejemplo práctico la justeza de los métodos bolcheviques de lucha.

Ninguna proclamación de frente único, ninguna argumentación lógica en su favor puede ayudar al desenvolvimiento de la revolución, si esta proclamación no va asociada a la iniciativa del P.C. en el desencadenamiento y la dirección de las batallas económicas y políticas parciales sobre los puntos decisivos del frente de clase.

Por eso conviene apreciar la insuficiente actividad del P.C. español en el movimiento de los ferroviarios como un error todavía más grave, que consiste en identificar el método anarquista de hacer la revolución con la "cobardía y traición de algunos jefes".

El movimiento de los ferroviarios tuvo la mayor importancia (sin contar el movimiento agrario) para el desenvolvimiento ulterior de la revolución a fines de 1932 y principios de 1933. En diciembre, la iniciativa y la dirección de los preparativos de las huelgas pertenecían sin ninguna duda a los anarquistas. El gobierno adoptó una actitud decidida e intransigente, amenazando con emplear las peores represalias contra la anunciada huelga. El desconcierto se apoderó de los anarquistas. A fines de diciembre, la tendencia a retroceder de los anarquistas era evidente. La situación era tal que la iniciativa hubiera podido pasar a los comunistas, tanto más cuanto que habían ya conseguido una vez, a fines del año 1931, ocupar la primera fila en el seno del movimiento de los ferroviarios. Pero el Partido no utilizó esta posibilidad. No dió prueba de una iniciativa suficiente para organizar el movimiento con toda independencia. Los acontecimientos del 8 y 9 de enero ayudaron al gobierno a conjurar la amenaza inmediata de una huelga de ferrocarriles. El Partido hubiera debido luchar contra los efectos de la provocación, impedir la extinción del movimiento de los ferroviarios, tomar en sus manos la iniciativa después de habérsela arrancado a los anarquistas. Ahora bien, durante todo este período, la prensa del Partido no hizo alusión más que una sola vez, el 14 de enero, al movimiento de los ferroviarios, y esto para formular de nuevo la consigna de un congreso extraordinario del sindicato anarquista de ferroviarios, que hubiera debido juzgar a sus jefes.

Esta laguna del P.C. español es muy lamentable, no se la puede remediar con ningún éxito de agitación. Para ser verdaderamente un partido de masa, capaz de conducir la revolución a la victoria, el P.C. español debe conquistar la dirección de la lucha de los principales destacamentos de la clase obrera. Si el P.C. hubiera preparado y conducido la huelga, hubiera asestado un golpe fulminante a los jefes anarcosindicalistas y socialfascistas. Este hubiera sido el mejor tribunal y el mejor veredicto contra los agentes de la burguesía.

El P.C. manifestó la misma debilidad en la huelga de mineros de Asturias. El sindicato rojo de mineros dejó la iniciativa en manos de los socialistas, con el pretexto de que éstos traicionarían el movimiento

desenmascararían ellos mismos. Los socialistas perpetraron la traición, cierto. En cuanto a su desenmascaramiento, no ha sido lo suficientemente eficaz ya que los comunistas no han desplegado la actividad necesaria.

Es preciso comprender de una vez para siempre que no se podrá desenmascarar a los agentes de la burguesía manteniéndose al margen, únicamente con la crítica verbal. La mejor manera de denunciar a los socialistas, fascistas y anarcosindicalistas, es, para el Partido, dar pruebas de iniciativa combativa en todos los conflictos de clase, saber luchar y vencer, soldando el frente único de las masas obreras y campesinas.

Al hacer esto, importa especialmente cimentar orgánicamente el frente de la revolución, crear así organizaciones obreras y campesinas de masa, susceptibles de servir de muralla para la ofensiva contra la burguesía y los terratenientes. El XII Pleno del C.E. de la I.C. recomendó en el título de "puntos de apoyo" los comités de empresa y los comités campesinos. Pero el Partido está lejos, desgraciadamente, de haber hecho todo lo necesario para formar comités y realzar su autoridad moral como vastos y potentes órganos de lucha económica y política de la clase obrera y de los campesinos.

Los comités de empresa (y campesinos) son en España una nueva organización creada en el fuego de la revolución. Los agentes de la burguesía que trabajan en el seno de la clase obrera, tratan de desnaturalizar esta organización, de vaciarla de su contenido revolucionario, de hacer de ella una organización de colaboración de clases. Los socialfascistas y trotskistas quieren hacer de los comités organismos "económico-administrativos". Los anarcosindicalistas no admiten los comités de fábrica ni que como órganos de los sindicatos a los cuales los subordinan enteramente. A estas dos interpretaciones, que en el fondo concuerdan, el Partido propone la concepción de los comités de fábrica (en la actual situación concreta de España) como de órganos no solamente económicos, sino también políticos llamados a preparar el terreno para la creación de soviets.

Ahora bien, el Partido no ha dado prueba de suficiente perseverancia para la realización de su consigna. Primero, no ha hecho todo lo necesario para la organización en todas partes de comités de fábrica y de comités campesinos. Además no se ha asegurado una justa dirección a los comités de empresa ya constituídos. Son muchos los casos en que los comités de fábrica dirigidos por los comunistas carecen de vitalidad, no se manifiestan de ningún modo y no hacen más que comprometer la consigna esencial.

Es preciso asegurar un viraje decisivo. Los comités de fábrica y comités de campesinos son un arma poderosa destinada a soldar el frente único del proletariado y de los campesinos revolucionarios. Al atribuir un amplio carácter político, al asegurarles la línea revolucionaria, puede acelerar prodigiosamente la conquista de la mayoría de la clase obrera para el bolchevismo. Por medio de los comités de empresa, el Partido puede tomar sólidamente pie en las grandes empresas y hallar los medios seguros de conquistar los sindicatos dirigidos por los socialfascistas y anarcosindicalistas.

Los "comités de lucha", los "comités de frente único", etc. propuestos por el P.C. no pueden reemplazar a los "comités de empresa" y "comités campesinos". Para que estos comités sean verdaderamente una organización de masa influyente, es preciso asignarles una firme base de producción reconocida por todos. Sólo los comités de fábrica y comités campesinos que se coloquen sobre una tal base, pueden tener

sibilidades de existir de una manera durable y ver aumentar su significación política.

Por sus funciones, los comités de empresa y los comités de campesinos son de hecho "comités de frente único", puesto que cimentan el frente único de los obreros y de los campesinos en la lucha de clases contra la burguesía y los terratenientes.

Los "comités de frente único" abstractos, que funcionan al margen de la base de producción, de los comités de fábrica y comités de campesinos, son inútiles y perjudiciales, porque no pueden más que comprometer las principales consignas del Partido. La creación de comités de lucha está justificada en algunos casos. Si se está en presencia de un agudo conflicto de clase, que ha puesto ya en movimiento a la masa, y es necesario proceder con toda urgencia a la organización, los comités de lucha pueden para este caso ser útiles. Se tuvo razón, por ejemplo, de crear comités de lucha para la preparación de la huelga de ferroviarios. Sin embargo, no es menos cierto que es preciso esforzarse por permitirles tomar pie sólidamente en las empresas, transformarse en comités de fábrica, no en el sentido del socialfascismo o del anarcosindicalismo, sino en el sentido resueltamente bolchevique, es decir, de vastos órganos de lucha económica y política que preparan la creación de los soviets. Sólo los comités de fábrica y los comités de campesinos pueden constituir un apoyo sólido para la creación de una milicia antifascista.

Así, para realizar la tarea política más importante que se plantea ante el P.C. español para conquistar la mayoría de la clase obrera y de los campesinos explotados, para aniquilar la influencia funesta de los agentes burgueses que trabajan en el seno del proletariado, el Partido español debe movilizar todas sus fuerzas y toda su atención.

1. Es preciso que el P.C. dé prueba de una iniciativa perentoria en todas las batallas de clase económicas y políticas que se desarrollan en el país y especialmente en las grandes batallas en los sectores decisivos.

2. Es preciso consolidar orgánicamente el frente único revolucionario, crear puntos de apoyo para organizar la revolución. Estos son, en la fase actual del movimiento, los comités de fábrica y comités de campesinos.

3.—Es necesario realizar incansablemente una seria polémica de actualidad política contra el anarcosindicalismo y el socialfascismo, aclarar pacientemente y con perseverancia a los obreros anarquistas y socialistas sobre la falsedad y el espíritu contrarrevolucionario objetivo de las posiciones de principio y de táctica del anarcosindicalismo y socialfascismo.

Es preciso acentuar la acción en el seno de la C.N.T. y en la U.G.T. Es preciso ampliar al movimiento de unidad sindical.

El proletariado de España está dotado de un robusto sentido revolucionario. El P.C. tiene el deber de libertarle de la influencia burguesa.

LA SITUACIÓN EN ALEMANIA

Resolución del Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista

Adoptada el 1.º de abril de 1933 sobre el informe
del camarada Heckert

EL Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, después de haber oído el informe del camarada Heckert sobre la situación en Alemania, comprueba que la línea política, la política de organización del Comité Central del Partido Comunista alemán, con el camarada Thaelmann al frente, ha sido perfectamente justa, antes y en el momento del golpe de Estado hitleriano.

* * *

¿En qué condiciones ha encargado la burguesía alemana al fascista Hitler y a su partido "nacionalsocialista" el realizar una franca dictadura fascista?

Ha sido en las condiciones de una agravación extrema de la situación económica y política en Alemania. De una parte, el Partido Comunista había llegado ya a ser una fuerza formidable en el seno de la clase obrera, y la crisis revolucionaria maduraba rápidamente; de otra parte, entre las clases dominantes se habían manifestado profundas contradicciones, y la dictadura fascista, bajo la forma de los Gobiernos von Papen y Schleicher, no había conseguido detener los progresos del comunismo ni había sido capaz de encontrar una salida a la crisis económica, cada vez más aguda.

La victoria de Hitler y el establecimiento del poder de los nacionalsocialistas no ha sido posible más que a causa de las circunstancias siguientes:

La socialdemocracia alemana, a la que en la revolución de 1918 siguió la mayoría del proletariado, había dividido a la clase obrera. En lugar de llevar la revolución adelante, hacia la dictadura del proletariado y el socialismo, lo que hubiera sido el deber de un partido proletario, se alió a la burguesía y a los generales del kaiser para aplastar la insurrección de las masas revolucionarias, y comenzó una profunda división de la clase obrera de Alemania. Bajo la bandera de la colaboración con la burguesía y la táctica del "mal menor", la socialdemocracia alemana ha seguido hasta estos últimos días, con la aprobación de toda la II Internacional, su alianza con la burguesía y esta política de represión sangrienta del movimiento revolucionario y de división de la clase obrera.

La socialdemocracia alemana ha prohibido la Unión del Frente Rojo, ha disuelto las organizaciones obreras revolucionarias, ha suspendido las manifestaciones obreras y hecho disparar contra los manifestantes, ha traicionado y roto las huelgas económicas y políticas contra la ofensiva del capital y contra el comunismo; ha sostenido el poder de la burguesía contra el movimiento revolucionario.

La socialdemocracia ha concentrado en las manos de sus cuadros burocráticos corrompidos la dirección de las organizaciones obreras de masas. Ha excluido de esas organizaciones a los obreros revolucionarios, y por medio de una red de organizaciones obreras centralizadas que le estaban subordinadas ha paralizado la iniciativa de las masas obreras, ha minado su fuerza combativa en la lucha contra el capital y el fascismo, ha impedido la respuesta enérgica a la dictadura fascista en marcha y a las bandas terroristas de los hitlerianos. Esta política de lucha contra las masas obreras, de colaboración con la burguesía y de apoyo de la reacción con el pretexto de "mal menor", ha sido, y continúa siendo, la política de toda la II Internacional y de toda la Internacional de Amsterdam desde 1914 hasta hoy.

En las condiciones del imperialismo, y con mayor razón en un país vencido en la guerra imperialista y cuyo capitalismo estaba grandemente quebrantado por la crisis del sistema capitalista, la República burguesa "democrática" de Weimar no podía ser otra cosa que la dictadura reaccionaria de la burguesía. La legislación obrera, los seguros sociales y los derechos democráticos que la burguesía se había visto obligada a conceder a los obreros en los años de revolución eran poco a poco arrancados a los obreros por la coalición weimariana, compuesta por los socialdemócratas, el Centro y los "demócratas". Las constantes y graduales concesiones a la reacción, la progresiva supresión de un párrafo de la Constitución después de otro, la fascización gradual del Estado, habían desacreditado de tal modo a la coalición de Weimar y a la República de Weimar, que éstas habían perdido toda importancia a los ojos de las grandes masas.

El sistema de Versalles había desollado a Alemania y hecho sufrir a las masas trabajadoras del país una insoportable explotación no solamente por parte del capital nacional, sino también por parte del capital extranjero, al cual el Gobierno alemán había tenido que pagar las Reparaciones.

El proletariado, bajo el peso del Tratado de Versalles, al cual se unía el yugo de su propia burguesía, sufría una formidable disminución del nivel de vida, y entre los campesinos y la pequeña burguesía urbana existía una tal miseria, que una parte de estas capas de la población se han puesto a considerar cada vez más como un ideal a la Alemania de antes de la guerra, donde no había crisis general del capitalismo ni una tal miseria de las masas. Las cosas se explican, pues, de este modo: es la mayor crisis económica conocida; esta crisis agrava aún la opresión nacional resultante del Tratado de Versalles; el proletariado está dividido por culpa de la socialdemocracia y, por consiguiente, no es bastante fuerte para arrastrar tras de sí a la pequeña burguesía urbana y a las masas campesinas; en tales condiciones, no podía dejar de producirse —y esto es lo que ha ocurrido— una violenta explosión del nacionalismo y del chovinismo alemán. La posición política de la burguesía se ha encontrado, por lo tanto, considerablemente reforzada, y el más demagógico de todos los partidos nacionalistas, el partido nacionalsocialista, ha salido a la superficie.

Los obreros comunistas han organizado y llevado la lucha contra la ofensiva del capital y el fascismo. Han apoyado todas las acciones, por pequeñas que hayan sido, de los obreros socialdemócratas, contra el capital en todas partes donde estas acciones se han producido. Deseosos de restablecer la unidad revolucionaria de la clase obrera, han propuesto muchas veces a los obreros socialdemócratas y a las organizaciones de base socialdemócratas, aun mucho antes de la victoria del fascismo, el frente único para la lucha contra la burguesía y sus lacayos fascistas.

Pero los obreros socialdemócratas, que influenciaban a la mayoría de la clase obrera en Alemania, y paralizados por sus jefes socialdemócratas, que estaban en contra del frente único revolucionario y que habían conservado el frente único reaccionario con la burguesía, se han negado siempre, en su conjunto, al frente único con los comunistas, y han roto la lucha de la clase obrera. Mientras que los comunistas defendían el frente único revolucionario de la clase obrera contra la burguesía y contra el fascismo, la socialdemocracia, por el con-

LA SITUACION EN ALEMANIA

guesia, contra los comunistas, contra los obreros comunistas, persiguiendo destruyendo las organizaciones comunistas cada vez y en cada sitio en que les presentaba la ocasión de hacerlo.

El Partido Comunista, único guía revolucionario del proletariado alemán ha seguido su línea de lucha por la unidad revolucionaria de la clase obrera contra el frente único socialdemócrata CON la burguesía, a pesar del sabotaje por la socialdemocracia del frente único CONTRA la burguesía. El Partido Comunista ha invitado a la clase obrera a la huelga política general el 20 de julio de 1932, cuando los fascistas dispersaron el Gobierno socialdemócrata de Prusia, y el 30 de enero de 1933, cuando Hitler tomó el Poder. Para la realización de esta huelga, el Partido Comunista propuso el frente único al partido socialdemócrata y a los Sindicatos reformistas. El desarrollo de la lucha del proletariado contra la burguesía y el fascismo, así como la huelga general, hubieran tenido como consecuencia el arrastrar tras el proletariado a las masas vacilantes de la pequeña burguesía urbana y de los campesinos. Pero la socialdemocracia, continuando su política anterior y su orientación hacia la colaboración con la burguesía, paralizó, por medio de toda una red de organizaciones centralizadas, y especialmente por medio de los Sindicatos reformistas, la iniciativa de las masas, e impidió la organización de la huelga general. La socialdemocracia hasta ha saboteado esta iniciativa, estimulando de este modo la ofensiva de los fascistas contra el proletariado.

De esto resulta que el Partido Comunista, vanguardia del ala revolucionaria del proletariado alemán, se ha encontrado sin el apoyo de la mayoría de la clase obrera.

En estas circunstancias, el proletariado se ha encontrado en una situación en que no podía—y, en efecto, no ha podido—organizar una respuesta inmediata y decisiva contra el aparato del Estado, que, para combatir al proletariado, había incorporado las formaciones de combate de la burguesía fascista: las secciones de asalto, el Casco de Acero, la Reichswehr. La burguesía ha podido sin encontrar una seria resistencia, transmitir el Poder a los nacionalsocialistas que combatían a la clase obrera por los medios de la provocación, del terror sangriento, del bandolerismo político.

Lenin, analizando las condiciones de la insurrección victoriosa del proletariado, ha dicho:

“La batalla decisiva puede ser considerada como suficientemente madura cuando todas las fuerzas de clase que nos son hostiles se han embrollado suficientemente, querellado suficientemente entre sí, debilitado suficientemente por una lucha superior a sus fuerzas; si todos los elementos intermediarios, indecisos, vacilantes, inestables, es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeñoburguesa, en oposición a la burguesía, se han desenmascarado suficientemente a los ojos del pueblo, si se han cubierto suficientemente de vergüenza por su bancarrota práctica; si en el proletariado ha comenzado una potente corriente de masas en favor del apoyo de los actos revolucionarios más resueltos, los más intrépidos contra la burguesía. Es entonces cuando la revolución está madura. Es entonces cuando, si tenemos exactamente en cuenta las condiciones que acabamos de indicar y elegimos exactamente el momento, nuestra victoria es segura.”

Una particularidad característica de la situación en el momento del golpe de Estado de Hitler es que estas condiciones de la insurrección victoriosa no habían tenido aún tiempo de madurar y no existían más que en germen.

La vanguardia del proletariado—el Partido Comunista—no queriendo lanzarse a una aventura, no podía evidentemente compensar con sus solos actos ese factor que faltaba.

“Con la vanguardia sola no se puede vencer—decía Lenin—. Lanzar solamente a la vanguardia a los combates decisivos, en tanto que toda la clase obrera, en tanto que las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo de la vanguardia o, al menos, de benévola neutralidad, sería no solamente una tontería, sino también un crimen.”

Tales son las circunstancias que han determinado la retirada de la clase obrera y la victoria del partido de los fascistas contrarrevolucionarios.

Por lo tanto, la instauración de la dictadura fascista es, en fin de cuentas, la consecuencia de la política socialdemócrata de colaboración con la burguesía durante toda la existencia de la República de Weimar.

La socialdemocracia ha declarado varias veces que no tenía nada que oponer al acceso de Hitler al Poder por la vía "constitucional".

Hasta después de la toma del Poder por Hitler, el 2 de enero, el "Vorwaerts" declaraba que, sin la socialdemocracia, un hombre como Hitler no hubiera podido llegar a ser canciller del Imperio. Wels decía lo mismo el 23 de marzo en su declaración ante el Reichstag, cuando afirmaba cuán grandes son a los ojos de los "nacionalsocialistas" los méritos de los socialdemócratas, pues es precisamente gracias a la política de la socialdemocracia como Hitler ha podido llegar al Poder. Y no hablemos ya de Leipart, de Loebe y de los otros jefes socialdemócratas que apoyan completamente a los fascistas. Los comunistas tenían razón al calificar a los socialdemócratas de socialfascistas.

Pero la dictadura fascista, apoyándose sobre las bandas armadas de los "nacionalsocialistas" y del Casco de Acero, desencadenando la guerra civil contra la clase obrera, aboliendo todos los derechos del proletariado, destruye al mismo tiempo las teorías socialdemócratas sobre la posibilidad de conquistar la mayoría parlamentaria por medio del voto y de evolucionar pacíficamente hacia el socialismo sin revolución. La dictadura fascista echa por tierra las teorías socialdemócratas de la colaboración de clases con la burguesía y de la política del "mal menor", y disipa todas las ilusiones democráticas de las grandes masas obreras. La dictadura fascista demuestra que el Estado no es en modo alguno una superestructura por encima de las clases, sino un instrumento de dictadura de la burguesía; que el verdadero poder del Estado reside en las bandas armadas de las secciones de asalto, el Casco de Acero, la policía, los oficiales, que gobiernan en nombre de la burguesía y los nobles. La clase obrera se convence prácticamente de que los comunistas tenían razón al luchar durante años enteros contra las ilusiones democráticas y contra la política socialdemócrata del "mal menor" y de la colaboración con la burguesía.

* * *

Por otra parte, la dictadura abierta de Hitler, que ha desencadenado la guerra civil en el país, es incapaz de resolver ni uno solo de los problemas de la Alemania de hoy. La miseria de las masas aumenta cada día. La situación de la industria se agrava, pues la política aventurera del Gobierno no hace más que acelerar la restricción del mercado interior y del mercado exterior. No hay ni puede haber ninguna perspectiva de reducción seria del paro. Es imposible proporcionar trabajo y puestos a todos los partidarios del nacionalsocialismo. Para colocar a algunos "nacionalsocialistas" tendrán que ser despedidos otros obreros. La prolongación de la moratoria hasta octubre y de la política de contingentes para la importación de los productos agrícolas pueden satisfacer, por un breve plazo, a una pequeña capa de los campesinos más acomodados, pero no pueden detener los progresos de la miseria y el descontento entre las grandes masas campesinas. Los manejos demagógicos contra los grandes almacenes y el capital judío no benefician en nada a la pequeña burguesía necesitada, y cuya situación se agravará a medida que disminuya la capacidad de compra del proletariado, lo que restringirá aún más el mercado interior. La distribución de pan y tocino, ayuda microscópica a los necesitados, no ha sido más que un anzuelo electoral. El aumento de dos marcos por mes en el subsidio a los parados tendrá que ser de nuevo reducido en virtud de que la situación económica empeora. Es evidente que Hitler conduce a Alemania a una catástrofe económica que cada vez se manifiesta más evidentemente.

El movimiento nacionalsocialista ha crecido especialmente como un movimiento nacionalista y chovinista contra el tratado de Versalles. Dirigido por

los oficiales y funcionarios del Káiser, fué un movimiento de masas pequeño burguesas, y, en parte, de las masas campesinas. La permanencia de dos meses de Hitler en el Poder, el cipizape chovinista contra el internacionalismo proletario y contra el "bolchevismo mundial" es una política de agravación de las relaciones con todos los Estados sin distinción. Una tal política, lejos de reforzar a Alemania, no puede por menos de debilitarla y aislarla. En tales condiciones, las tentativas del Gobierno de violar el tratado de Versalles, aunque no fuera más que por el entrelazamiento de Austria, para obtener éxitos políticos exteriores a fin de elevar su prestigio entre las masas, cuya miseria no puede aliviarse, conducirá solamente a una nueva tensión de toda la situación internacional y a un enorme crecimiento de los peligros de guerra. Cada día que pase del Gobierno de Hitler demostrará más claramente el engaño de que han sido víctimas las masas que le han seguido. Cada día que pase demostrará más claramente que Hitler lleva a Alemania a la catástrofe.

La tranquilidad actual, después de la victoria del fascismo, no es más que un fenómeno momentáneo. El impulso revolucionario crecerá inevitablemente a pesar del terror fascista. La resistencia de las masas al fascismo no puede por menos de aumentar. La instauración de la dictadura fascista abierta, disipando todas las ilusiones democráticas de las masas y liberándolas de la influencia socialdemócrata acelerará la marcha de Alemania hacia la revolución proletaria.

La tarea de los comunistas debe ser la de explicar a las masas que el Gobierno Hitler conduce al país a la catástrofe. Es necesario ahora demostrar a las masas con más eficacia que nunca que el único medio para los trabajadores de escapar a una miseria aún mayor, que el único medio de evitar la catástrofe es la revolución proletaria y la dictadura del proletariado. Es necesario luchar por reunir todas las fuerzas del proletariado y por la creación del frente único de los obreros socialdemócratas y comunistas para la lucha contra los enemigos de clase. Es necesario reafirmar el Partido y reforzar todas las organizaciones de masas del proletariado, preparando a las masas para las batallas revolucionarias decisivas, para el derrocamiento de la dictadura fascista, para la insurrección armada.

Partiendo de lo antes expuesto, el Presidium del Comité Ejecutivo del Internacional Comunista aprueba el programa de actividad práctica fijado por el Comité Central del Partido Comunista de Alemania.



Los Partidos comunistas de los países capitalistas en la lucha por el frente único

EL llamamiento del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, dirigido a los obreros de todos los países, para establecer el "frente único" de lucha de los obreros comunistas y socialdemócratas contra la ofensiva del capital y del fascismo, que fué publicado en "L'Humanité" del 5 de Marzo y en la "Pravda" del 6 de Marzo, ha ocasionado un gran revuelo en los partidos y en la prensa socialdemócratas.

La Internacional Comunista y sus secciones, no plantean por primera vez la cuestión del frente único. Ya el 1 de enero de 1922 el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y el Consejo Central de la Internacional Sindical Roja se dirigían a los obreros y obreras de todos los países con la proposición de establecer el frente único de lucha contra la ofensiva del capital. En su llamamiento leemos:

"El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja, después de examinar las cuestiones relacionadas con la situación del proletariado internacional y con la situación mundial en general, ha llegado a la convicción de que esta situación exige la unión de todas las fuerzas del proletariado internacional, el establecimiento del frente único de todos los partidos que se apoyan en el proletariado, independientemente de las diferencias existentes entre ellos, y quieran luchar en común, por las necesidades apremiantes e inmediatas del proletariado... El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista pide a los proletarios de todos los otros partidos que hagan todo lo que dependa de ellos para influir en sus partidos, en interés de la acción común..."

"La Internacional Comunista llama a todos los proletarios comunistas y a todos los obreros honrados en general a unirse en todas partes, en las empresas, en las asambleas, en una única familia de trabajadores que sepa defenderse y rechazar todos los ataques del capital en cada momento difícil. Forjad con voluntad de hierro la unidad proletaria, ante la cual se rompa toda tentativa de dividir el proletariado, venga de donde venga. Solamente cuando vosotros, proletarios, os deis uno a otro la mano en las empresas y en las minas, todos los partidos que se apoyan en el proletariado, y se dirigen a él, se verán obligados a unirse en la lucha defensiva común contra el capital. Únicamente en este caso se verán forzados a romper la unión con los partidos capitalistas."

Es sabido que durante la guerra mundial imperialista, los partidos socialdemócratas y los sindicatos reformistas apoyaban por todos los medios a su burguesía nacional. Votaban los créditos de guerra, impedían las huelgas, etc. Y cuando surgían huelgas contra el empeoramiento de las condiciones del trabajo y la presión del militarismo, los burócratas sindicales y los partidos socialdemócratas las rompían por todos los medios.

Después de la guerra, cuando bajo la influencia de la revolución de Octubre el movimiento revolucionario se levantó fuertemente en los países capitalistas más decisivos, y en los países vencidos — Alemania, Austria — se incendió la revolución proletaria, con Soviets de Obreros, Soldados y Marinos, los partidos socialdemócratas y los jefes de los sindicatos reformistas, para salvar a su bur-

guesía, no solamente traicionaron los intereses de la clase obrera, sino que exterminaron también físicamente a los obreros revolucionarios y sus dirigentes (Alemania). Esta cooperación de los partidos socialdemócratas y los jefes sindicales con la burguesía, provocó una fuerte indignación entre los obreros miembros de estas organizaciones.

En Alemania (todavía durante la guerra), en Austria, Hungría, Inglaterra, América y otros países, los obreros revolucionarios, miembros de los partidos socialdemócratas y de los sindicatos reformistas y sindicalistas, empezaron a crear los partidos comunistas. La mayoría de los miembros del partido independiente alemán, del partido socialista francés y del partido socialdemócrata de Checoslovaquia, se pronunciaron en sus congresos por el ingreso en la Internacional Comunista. La minoría de estos partidos, no conforme con las resoluciones adoptadas en los congresos de sus partidos, siguió existiendo como partidos socialdemócratas. De igual forma surgió la división de los sindicatos en Francia, Checoslovaquia y en los demás países. Por la colaboración de los partidos socialdemócratas y de los jefes sindicales con la burguesía, surgió la división de la clase obrera en todos los países del mundo capitalista.

En el año 1921, la burguesía de los grandes países capitalistas se restableció a tal grado, con la ayuda de los partidos socialdemócratas y de los líderes de los sindicatos reformistas, de los estremecimientos revolucionarios de postguerra, que empezó a anular todas las conquistas obtenidas por el proletariado en el transcurso de ese período.

Poco después de la guerra, en la época de la presión de los obreros sobre la burguesía, los partidos socialdemócratas y los burócratas de los sindicatos, exterminando a los obreros revolucionarios y engañando a las amplias masas pretendían hacerles creer que fueron ellos los que consiguieron conquistar de la burguesía la jornada de 8 horas y la legislación social (el seguro del paro en Alemania, Inglaterra y Austria). Como hasta la guerra la socialdemocracia y los sindicatos participaron en la lucha por los intereses diarios de los obreros, su papel traidor durante y después de la guerra, no ha sido reconocido inmediatamente por las amplias masas obreras.

Respondiendo al llamamiento de la Internacional Comunista del 1 de enero de 1922 la II y la II y media Internacional, bajo la presión de las masas, tomaron parte en abril de 1922 en la conferencia común con la Internacional Comunista, en la que se discutió la cuestión de las formas de lucha contra la ofensiva del capital. El acuerdo conseguido en esta conferencia ha sido quebrantado abiertamente por la II y la II y media Internacional; de esta manera muchos obreros se han convencido de que los partidos de la II Internacional y las secciones de la Internacional de Amsterdam no quieren el frente único de lucha contra la ofensiva de la burguesía.

Durante la estabilización relativa del capitalismo, los partidos socialdemócratas y los burócratas sindicales tomaban parte en la realización de la racionalización capitalista a costa de la explotación intensificada de los obreros y en la preparación de la intervención armada contra la Unión Soviética. Han sido los primeros en la provocación contra la Unión Soviética y los más importantes abastecedores de la burguesía, de todas las mentiras calumniosas que han servido de cubierta para estos preparativos de intervención. Expulsaban a los comunistas y obreros revolucionarios de todas las organizaciones de masas dirigidas por los socialdemócratas. Frente a la doctrina de Marx, que coloca en primer plano la lucha de clases y la dictadura del proletariado, los socialdemócratas y los burócratas sindicales colocaban la colaboración con la burguesía, la "democracia económica" y la "teoría del capitalismo organizado". Se esforzaban por sugerir a los obreros, que la organización de los grandes trusts, el establecimiento de los precios monopolistas, etc., es el camino para la incrustación pacífica del capitalismo en el socialismo.

Esto, naturalmente, no les impide ahora que todas estas teorías han sufrido una bancarrota franca como resultado de la crisis económica mundial, sugerir a los obreros otras teorías llamándolas marxistas y que apartan a los obreros de la lucha de clases.

Cuando empezó la crisis, y los capitalistas echaban de las empresas millones de proletarios a la calle, la II Internacional y la de Amsterdam, hipócritamente elaboraban planes de "lucha" contra el paro forzoso aunque de hecho, o ayudaban a la burguesía a empeorar el seguro, donde él existía (en Alemania, Austria, Inglaterra, Checoslovaquia), o bien entorpecían al Partido Comunista y a los sindicatos rojos en su lucha por la imposición de seguros donde no los había.

Los partidos socialdemócratas y los burócratas sindicales ayudaban con diferentes pretextos a la burguesía a bajar el salario a aquellos obreros que todavía estaban en la producción. (Particularmente con el pretexto de que la baja del salario, será compensada con el descenso de los precios de productos y objetos de amplio consumo.)

Los partidos socialdemócratas y los burócratas sindicales realizaban la misma traición en el dominio de los derechos políticos de los obreros, acortándolos y anulándolos (la implantación del estado de sitio, disolución de las organizaciones obreras revolucionarias, prohibición de la prensa del Partido Comunista y de las organizaciones obreras revolucionarias, disolución violenta de las manifestaciones, etc.). Incluso en aquellos casos en que, bajo la presión de las masas obreras, los partidos socialdemócratas y los burócratas sindicales se vieron forzados a dirigir huelgas, las traicionaban inflexiblemente (las grandes huelgas de los obreros textiles en Inglaterra y Francia, de los mineros de EE. UU. y Bélgica, etc. Pero cuando las huelgas eran dirigidas por los comunistas, los sindicatos rojos y por la oposición sindical revolucionaria, los partidos socialdemócratas y los burócratas sindicales, utilizaban la ayuda policiaca para destruir el frente único de los obreros en su lucha huelguística (la huelga de los obreros del transporte en Berlín, en noviembre de 1932; las huelgas de los obreros textiles en Lodz (Polonia), las huelgas de los ferroviarios en Rumania. Se comprende claramente que los miembros de los sindicatos rojos y de la oposición sindical llamaran a sus partidarios, no sólo a tomar parte en las huelgas declaradas por los reformistas, sino también a colocarse en las primeras filas de los huelguistas (la huelga general y la de los mineros en Inglaterra, la huelga general de 24 horas en marzo de 1932 y la huelga de los mineros en marzo de este año en Polonia, la huelga general de 24 horas de los obreros húngaros en 1932 y en muchos otros casos).

Los partidos socialdemócratas y los sindicatos reformistas van a la huelga solamente para evitar que sus propios miembros abandonen las organizaciones y para no perder su influencia sobre los obreros no organizados, entre los cuales crece la confianza en el movimiento sindical rojo; van a la huelga para poder con más facilidad traicionar a estas masas también en el futuro. Pero los comunistas, conociendo muy bien estas intenciones de los reformistas, redoblan su actividad, toman parte en estas huelgas y son, como es conocido, la fuerza motriz de las mismas. Los comunistas reciben en primer lugar los golpes de la reacción y del fascismo. Esto demuestra claramente a las masas quien de hecho realiza el frente único.

Muy significativa es la posición de los miembros de los sindicatos reformistas y de los partidos socialdemócratas y sus organizaciones locales con respecto al congreso de Amsterdam contra la guerra.

Como es sabido, la II Internacional y la de Amsterdam, se opusieron resueltamente a la participación en este congreso, pero no han podido evitar la asistencia de 82 representantes socialdemócratas de las organizaciones obreras. En Francia, 141 organizaciones locales del partido socialista se han adherido a las resoluciones del congreso de Amsterdam contra la guerra a pesar de que la dirección del partido socialista amenazaba con expulsarlas del partido.

En Alemania el frente único entre los obreros socialdemócratas y comunistas se constituye en primer lugar en las calles, en la lucha contra los fascistas, pero hemos tenido en Alemania también, magníficos ejemplos de frente único durante las huelgas (huelga de los obreros del transporte en Berlín).

En Inglaterra, las organizaciones locales del partido obrero independiente después de haber logrado que éste saliera del partido obrero, exigen ahora sa-

lir de la II Internacional para adherirse a la Internacional Comunista. La crítica de los comunistas y de los obreros revolucionarios, dirigida contra los partidos socialdemócratas y los sindicatos reformistas, ha tenido eco entre los miembros de estas organizaciones. El frente único de comunistas y socialdemócratas, en la lucha, empezó a reforzarse en todos los países, por eso los partidos socialdemócratas y la II Internacional se han visto obligados a empezar a hablar del frente único con los comunistas.

Los partidos socialdemócratas y su prensa presentaron en muchos países proposiciones demagógicas de "firma de un pacto de no agresión" entre los socialdemócratas y los comunistas. Esta prensa escribía que si el Gobierno Soviético firma pactos de no agresión con los gobiernos burgueses, ¿por qué entonces no firmar también entre los comunistas y los socialdemócratas semejantes pactos de no agresión? Pero, naturalmente, silencian que la Unión Soviética concluye pactos de no agresión de los Gobiernos imperialistas contra la Unión Soviética llevando de hecho, una política de paz, sin preparar ninguna agresión a los países burgueses. Además silencian que con el hecho de firmar el Gobierno Soviético el pacto de no agresión, la prensa del partido Comunista (bolchevique) de la U. R. S. S., no ha dejado de criticar continuamente a la burguesía y a sus agentes en los países capitalistas. Los comunistas no pueden dejar de agredir a los partidos socialdemócratas y a los burócratas sindicales, cuando éstos están agrediendo a la clase obrera y traicionando sus intereses. Cuando los partidos socialdemócratas y los burócratas sindicales empiecen una verdadera lucha contra la ofensiva del capital y del fascismo, en común con los comunistas, será superfluo solicitar el acuerdo de un "pacto de no agresión" porque estará realizado de hecho. Pero la realidad es que los partidos socialdemócratas quieren la cesación de nuestra crítica, sin llevar una verdadera lucha contra la burguesía.

Los partidos socialdemócratas y los burócratas sindicales escribían y manifestaban lo siguiente: Los comunistas y los socialdemócratas constituyen un ejército unido, pero, ¿cómo puede luchar este ejército con éxito si en su seno los comunistas critican a los socialdemócratas? Pero ocultaban, que durante toda su actividad desde la formación del Partido Comunista, excitaban a su "ejército" contra los comunistas y por todos los medios le apartaban de la lucha contra la burguesía.

El deseo de unidad es muy grande entre los obreros. Muchos trabajadores podrán pensar que los comunistas no actúan bien al no aceptar las condiciones de los socialdemócratas sobre la cesación de crítica contra ellos, en un momento tan difícil para el proletariado, si ello es un obstáculo para la formación del frente único. Explotando este estado de ánimo, los partidos socialdemócratas presentan el asunto de forma que parece que fueran ellos los que desean la unidad, y los comunistas no la quieren.

El llamamiento hecho por el buró de la II Internacional, el 19 de febrero, dice lo siguiente:

"El peligro es demasiado grande para utilizar para maniobras políticas de partido, la aspiración unánime de la clase obrera de lucha unida de todo el proletariado... La Internacional Socialista Obrera aspira a la intervención unida de toda la clase obrera sobre la base de un acuerdo franco y honrado... Llamamos a los obreros alemanes y a los obreros de todos los países, en vista del trágico peligro ante el que se encuentran, a cesar los ataques recíprocos y luchar unidos contra el fascismo. La Internacional Socialista Obrera ha estado siempre dispuesta a entablar negociaciones con la Internacional Comunista sobre una tal unidad de ella, cada vez que ésta ha expresado su disposición a ello".

Pero no es la lucha única, lo que necesitan la II Internacional y sus secciones, sino únicamente que los comunistas dejen de desenmascararlos. Nosotros no tememos la "crítica" de los socialdemócratas; son los partidos socialdemócratas y la II Internacional quienes necesitan persuadir a los obreros a que "olviden lo pasado" y hacerles creer que los socialdemócratas están dispuestos a empezar una nueva página de la historia. Y a pesar de esto, la Internacional Comunista procedió en forma correcta, cuando declaró en su manifiesto a los obreros de todos los países, que estima la proposición realizable, sólo con la

aceptación de dos condiciones: la lucha contra el fascismo y lucha contra el descenso del nivel de vida de los obreros y de los parados (véase el llamamiento del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista a los obreros de todos los países, sobre la formación del frente único de lucha de los obreros comunistas y socialdemócratas, párrafos "a" y "b"):

"Recomendamos prescindir de ataques a las organizaciones socialdemócratas durante la lucha común contra el capital y el fascismo". El llamamiento subraya que "debe llevarse una lucha implacable contra quienes violen las condiciones del acuerdo en la realización del frente único, como si fuesen esquirolas que traicionasen el frente único de la clase obrera" (punto "c" en el llamamiento del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista).

Los partidos socialdemócratas dicen: suspended la crítica. La Internacional Comunista responde: Sí, pero solamente si la socialdemocracia cumple en realidad las condiciones del acuerdo sobre la lucha concreta, y solamente durante el período de esta lucha. Y esto lo comprenderán los obreros. Esto ya lo atestigua el hecho de que el llamamiento de la Internacional Comunista ha ocasionado la turbación dentro de los partidos socialdemócratas. León Blum escribe en "Le Populaire" (órgano central del partido socialista francés) el 7 de marzo, en su artículo "Moscú ignora Zurich", lo siguiente:

"La Internacional Socialista Obrera se ha dirigido directamente a la Internacional Comunista y le ha propuesto empezar lo más pronto posible las negociaciones. Pero la Internacional Comunista no se dirige en su llamamiento a la Internacional Socialista, el llamamiento de la Internacional Comunista no responde de ningún modo a las proposiciones de la II Internacional. En él no hay ninguna palabra sobre las negociaciones".

Y el órgano oficial del secretariado de la II Internacional ("Información Internacional") en el número del 6 de marzo, como si se tratara de refutar a Blum, escribe lo siguiente: "El llamamiento de la Internacional Comunista contiene una clara respuesta al llamamiento del buró de la Internacional Socialista del 19 de febrero".

El partido socialista de Francia ocultó de esta manera el verdadero contenido del llamamiento de la Internacional Comunista y no ha querido reconocer lo que no ha podido negar incluso el secretariado de la II Internacional. ¿Cómo se explica esto? Naturalmente porque el partido Socialista francés necesita ocultar ante los obreros que la Internacional Comunista recomienda a sus secciones proponer a los partidos socialdemócratas llevar una lucha común a base de los problemas de actualidad en los países respectivos.

La prensa socialdemócrata checoslovaca demuestra claramente que el frente único del partido comunista y la socialdemócrata hace falta. Así, "Pravo Lidu" (Órgano central de la socialdemocracia checoslovaca) en el artículo de su redactor jefe Joser Stivin, recordando la proposición que ha sido hecha por la socialdemocracia checoslovaca en el año 1920, escribe sobre la creación de un "congreso permanente socialista", el cual debe ser constituido por representantes de las organizaciones políticas, sindicales y cooperativas de la clase obrera de todas las nacionalidades de la República Checa sobre la base de la lucha de clases. Este congreso debe ser el órgano superior, y sus resoluciones deben ser obligatorias para todos. El partido socialdemócrata checoslovaco, también ahora se imagina la unidad, como "una unidad recíproca de trabajo común, sumisión democrática de la minoría a la mayoría" Esto, significa que el partido socialdemócrata checoslovaco también hoy quisiera que entrase el Partido Comunista en una organización en la que sería minoría que debiera sumisamente aceptar todas las resoluciones de la mayoría. Pero esto ya no sería frente único en la lucha de la clase obrera, sino la liquidación de esta lucha, puesto que, estando el partido comunista checoslovaco cautivo de la socialdemocracia, dejaría de ser la vanguardia de la clase obrera en su lucha.

De igual forma se manifestó el partido socialdemócrata suizo ante la proposición de constituir el frente único. Como comunica el "Baseler Vorwärts" el Comité Central de la socialdemocracia suiza ha pasado completamente en silencio las condiciones de la Internacional Comunista de lucha común y con-

creta contra el capital y el fascismo. Ya este solo hecho atestigua claramente su negativa a formar el frente único. Pero esto es poco. La socialdemocracia suiza exige la conclusión del "pacto de no agresión" y la sumisión del Partido Comunista a la "solidaridad proletaria", es decir, la sumisión política e ideológica del Partido Comunista al partido socialdemócrata como lo propone también el órgano central del partido socialdemócrata checoslovaco. No es casual esta coincidencia de proposiciones de los dos partidos de la II Internacional.

El órgano austro-marxista de Viena "Periódico obrero" del 7 de marzo, en su artículo "Un paso adelante", escribe lo siguiente:

"La respuesta de la Internacional Comunista a la proposición del frente único del buró de la II Internacional ha llegado demasiado tarde, tan tarde, que en Alemania, donde el frente único es lo más necesario, las masas obreras ni siquiera pueden enterarse de las proposiciones de la Internacional Comunista, puesto que toda la prensa obrera está prohibida. Algo diferente podría ser esto en Alemania si esta disposición hubiera sido acordada antes".

El "Periódico Obrero" de Viena, no comunica expresamente a sus lectores, que el Partido Comunista alemán inmediatamente después de las últimas elecciones para la Dieta Prusiana, se ha dirigido a todas las organizaciones obreras de Alemania con la proposición del frente único, contra la ofensiva del capital. El partido socialdemócrata y los sindicatos reformistas no han respondido a esta proposición. El 20 de julio de 1932, cuando Von Papen liquidó el Gobierno prusiano socialdemócrata, el Partido Comunista alemán, propuso al partido socialdemócrata y a la Unión General de sindicatos alemanes (A. D. G. B.) que declarase la huelga general. Como respuesta a esto, declararon que el llamamiento a la huelga era una provocación.

La misma proposición fué hecha por el P. C. Alemán el 30 de enero de 1933, cuando Hitler fué elegido canciller del Imperio. Entonces el "Vorwärts" respondió: "Hitler ha llegado al poder por el camino legal, hay que ver lo que va a hacer. Actuar ahora, significaría disparar al aire". El 1 de marzo de este año se dirigió el Comité Central del Partido Comunista Alemán por tercera vez al Partido Socialdemócrata y a la Unión General de sindicatos alemanes (A. D. G. B.) con una proposición de lucha conjunta contra el fascismo.

La respuesta a esta proposición no ha llegado aun. ¿Es que no sabe todo esto el "Periódico Obrero" de Viena? Pero oculta la verdad pretendiendo sugerir al lector que son los comunistas los culpables de los crímenes del partido socialdemócrata alemán.

El secretariado de la Internacional Socialista, "temiendo" infundadamente que los partidos socialistas fuerán al frente único con los comunistas, les propone que "esperen antes de discutir las proposiciones comunistas en los diferentes países, hasta que el comité ejecutivo de la Internacional Socialista defina su posición respecto a la nueva plataforma de la Internacional Comunista". La prensa socialdemócrata ha demostrado ya bastante abiertamente su posición, respecto a la unidad en el hecho. El comité ejecutivo de la II Internacional quisiera hacerlo menos francamente, con más habilidad, pero en esencia, la negación del frente único por los partidos socialdemócratas, corresponde enteramente a los planes del Comité ejecutivo de la II Internacional.

En Alemania los fascistas empezaron a saquear a las organizaciones comunistas con la ayuda de los jefes de policía socialdemócratas. Los sindicatos reformistas y los partidos socialdemócratas no les estorbaban. Ahora la burguesía, con ayuda de los grupos de asalto fascistas, saquean no sólo las organizaciones comunistas sino también las organizaciones socialdemócratas y sindicales. Así paga la burguesía a sus lacayos.

Los líderes de los partidos socialdemócratas y los burócratas sindicales no quieren la unidad de la clase obrera; con declaraciones hipócritas sobre la unidad quieren retener a los trabajadores bajo su influencia, pero la socialdemocracia va a ser descubierta y el frente único de lucha de la clase obrera será establecido.

O. DZENIS

Marx contra Kautski y consortes La dictadura del proletariado contra la "democracia" pura

La dictadura proletaria y la "democracia" de Kautski y consortes

MARX estableció e indicó científicamente al proletariado la única vía que puede conducir a la victoria sobre la burguesía y a la abolición de la sociedad dividida en clases: la vía de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado. El propio Marx subrayó netamente que esto es precisamente lo esencial de su doctrina.

«En lo que a mí se refiere, no tengo ni el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad contemporánea, ni la lucha de estas clases entre sí. Los historiadores burgueses expusieron mucho antes que yo el desenvolvimiento histórico de esta lucha de clases. Lo que yo he aportado de nuevo, consiste en las demostraciones siguientes: 1. Que la existencia de las clases no se relaciona más que con algunas batallas históricas en relación con el desenvolvimiento de la producción; 2. Que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3. Que esta dictadura no es más que la transición hacia la supresión de todas las clases y hacia la formación de una sociedad sin clases.» (Carta de Marx a Weidmeyer el 5 de marzo de 1852.)

En su Manifiesto Comunista, Marx y Engels expusieron ya esta idea fundamental: «Los comunistas no se rebajan a disimular sus opiniones y sus proyectos. Proclaman abiertamente que sus propósitos no pueden ser alcanzados sino por el derrumbamiento violento de todo el orden social tradicional. ¡Que las clases dirigentes tiemblen ante la idea de una revolución comunista!» (Manifiesto Comunista.)

Todos los trabajos de Marx y Engels están impregnados de este ardiente llamamiento en favor del derrumbamiento violento del régimen burgués, de la defensa de la idea de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado. Los documentos esenciales de la dialéctica revolucionaria, materialista, las obras económicas, filosóficas e históricas de Marx y Engels, incluso el «Capital», tenían por objeto establecer las bases científicas del movimiento del proletariado hacia su fin: la abolición de la sociedad dividida en clases, la realización del comunismo.

Marx y Engels enriquecieron su teoría revolucionaria en todas las fases de su desenvolvimiento, con el análisis concreto de la lucha revolucionaria del proletariado. La experiencia de la clase obrera en la revolución de 1848 permitió a Marx profundizar la idea proclamada en el Manifiesto Comunista. En 1850, en «La lucha de clases en Francia», formuló ya Marx la idea de la dictadura del proletariado como período de dominación del proletariado después del derrumbamiento de la burguesía, como período transitorio del capitalismo al comunismo. En el «18 Brumario», Marx llega a la conclusión de la necesidad de romper durante la revolución el aparato del Estado burgués. La Comuna de París de 1871 proporcionó a Marx la experiencia más rica de las fases del proletariado y la utilizó para agudizar todavía más su teoría.

de Gotha» (1875) constituyen documentos de una excepcional claridad sobre la lucha emprendida por Marx a favor de la idea de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado. En la «Crítica al Programa de Gotha», Marx escribía:

«Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista hay un período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A lo que corresponde un período de transición política en el que el Estado no podría ser otra cosa que la dictadura revolucionaria del proletariado.»

Y el período que siguió a la muerte de Marx, período en el que los revisionistas trataron de sacar partido en sus intentos de discusión con Marx, no hizo más que confirmar la justeza inquebrantable de su análisis científico y de su doctrina revolucionaria. Por eso en el vigésimo aniversario de la Comuna de París, con motivo de una nueva edición de la «Guerra civil en Francia», Engels pudo lanzar contra el oportunismo y a favor de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado un llamamiento tan ardiente como el del «Manifiesto Comunista».

«El filisteo alemán siente siempre un santo terror cuando oye las palabras dictadura del proletariado. ¿Quieren ustedes saber, señores, lo que significa esta dictadura? Mirad la Comuna de París; ésa es la dictadura del proletariado.» (Engels, Prefacio a la «Guerra civil en Francia».)

La cuestión de la revolución proletaria, de sus fuerzas motrices y de sus tareas, la dictadura del proletariado en tanto que período transitorio del capitalismo al comunismo, fué la cuestión fundamental que distinguió al marxismo revolucionario del oportunismo, de todas las miserables ideas y teorías revisionistas. Marx y Engels sostuvieron siempre una lucha encarnizada en dos frentes, contra las deformaciones de las tareas que incumben al proletariado en la revolución, contra los elementos de izquierda, los anarquistas, de una parte; contra los lasallianos, que disimulaban bajo una ruidosa fraseología la apología directa del Estado burgués, de otra.

Marx, con toda la intransigencia propia de la crítica revolucionaria, combatió el Programa de Gotha del Partido obrero alemán, porque éste no trataba del Estado y de la dictadura del proletariado. Ridiculizó las reivindicaciones oportunistas de los programas de los socialdemócratas alemanes, que sustituían la dictadura del proletariado por la misma democracia burguesa en calidad de «Estado futuro», democracia dulcificada por insignificantes reformas y remiendos:

«Sus reivindicaciones no contienen más que la vieja letanía democrática conocida de todo el mundo: sufragio universal, legislación directa, derecho del pueblo, milicia popular, etc. Son simplemente el eco del radicalismo burgués, de la Liga de la Paz y de la Libertad.» (Marx, «Crítica del Programa de Gotha».)

Marx estigmatizó a los que sustituyeron la idea revolucionaria de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado, por la apología del capitalismo disimulada bajo una dulzona «letanía democrática»:

«A pesar de su fanfarria democrática, está, desde el principio al fin, infectado por la servil creencia de la secta lasalliana en el Estado, o, lo que no es mejor, en el milagro democrático; en una palabra, es un compromiso entre estas dos especies de fe en el milagro, igualmente alejadas del socialismo.» (Marx, «Crítica del Programa de Gotha».)

La doctrina de la revolución y de la dictadura del proletariado fué también después la piedra de toque para descubrir el oportunismo.

Después de la muerte de Marx, los oportunistas de toda laya trabajan penosamente por adaptar la teoría revolucionaria de Marx a los intereses de la burguesía. Bernstein se decidió, ya hacia 1890, a proceder a una revisión directa de Marx (E. Bernstein, «Socialismo teórico y socialdemocracia práctica»). Después de lanzar contra el marxismo la acusación de blanquismo, rechaza abiertamente la concepción marxista de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado, concepción pretendidamente fenecida, errónea y refutada por la propia experiencia del desenvolvimiento capitalista. Bernstein le opuso la idea de una colaboración pacífica de las clases y de la integración orgánica del capitalismo en el socialismo e invita a sostener al capitalismo y a contribuir a su desarrollo. El revisionismo continuó titulándose marxismo. Después de expurgar la doctrina marxista de lo que constituía su esencia, trata de aprovechar la inmensa autoridad de Marx. Al revisionismo en la teoría sucede en la práctica la colaboración directa de los partidos socialistas de Occidente con la burguesía en los gobiernos de coalición. El «ministerialismo»

que floreció a principios del siglo XX en Francia y en Italia, se extiende ampliamente en una amplia participación de los ministros socialistas en los gobiernos burgueses de casi todos los países capitalistas. Durante la guerra mundial, y sobre todo después, fué un hecho corriente no sólo la participación de los pseudosocialistas en los gobiernos burgueses, sino la dirección de esos gobiernos por los socialistas.

Kautski siguió un «camino diferente» del de Bernstein en su deformación del marxismo. Reconocía el marxismo por fórmula, pero de hecho lo desfiguraba, en primer lugar, rechazando lo esencial de la teoría de Marx, la doctrina de la revolución violenta, de la dictadura del proletariado. Kautski atribuye a Marx su propia concepción del período transitorio de encaminamiento al comunismo, como un período de florecimiento de la democracia, es decir, de la propia democracia burguesa. Ni Kautski ni los demás socialdemócratas se han conmovido por las precisas palabras de Marx sobre la revolución proletaria y la dictadura del proletariado; quieren simplemente ignorarlas. Se han esforzado por todos los medios por presentar a Marx como partidario de la democracia burguesa. Para llegar a esto, llegaron a hacer falsificaciones directas, suprimieron o silenciaron pasajes enteros de las obras de Marx.

Kautski elude cuidadosamente ya en sus trabajos de antes de la revolución, la tarea asignada por Marx al proletariado, la de destruir enteramente durante la revolución la máquina del Estado burgués. En cuanto a la doctrina de Marx sobre la dictadura del proletariado, alude solamente a ella en su «Camino del poder», que Lenin consideraba como la obra más revolucionaria de Kautski, pero en la cual se descubría, sin embargo, el carácter revisionista de las concepciones del autor.

Después de haber dicho en su «Camino del poder» que la dictadura del proletariado era la consigna de Marx y Engels, no habla después, en el período de post-guerra en particular, más que de «la consigna de la dictadura del proletariado que Marx empleó una vez» (!), pero que empleó fortuitamente, sin definir el régimen aludido.

Al expurgar la teoría de Marx de su contenido esencial—la idea de la dictadura del proletariado—, el centrismo kautskista adaptó progresivamente la doctrina de Marx a los intereses de la burguesía. Usando por mera fórmula una fraseología «marxista», Kautski y los demás pseudoortodoxos de la II Internacional, en realidad han sustituido la teoría revolucionaria de Marx por la teoría antimarxista de la «transición democrática al socialismo». De esta suerte, el centrismo, como resultado de su desenvolvimiento en la época en que el oportunismo reinaba en el seno de la II Internacional, adoptó ya en el momento de la guerra imperialista las mismas posiciones que las ocupadas hacia fines del último siglo por los revisionistas declarados, es decir, la negación completa de la necesidad del derrumbamiento violento de la dominación de la burguesía por el proletariado y la de la instauración de la dictadura proletaria. Después, Kautski reconoció, no sin orgullo, su entera identidad de opinión con Bernstein:

«El camino seguido por Bernstein no es siempre el mismo que yo hubiera tomado, pero los resultados a los cuales él llega son siempre preciosos para mí. Lo que me une hoy a Bernstein no es tanto mi amistad personal y mi solidaridad política como nuestro parentesco científico.»

Con el fin de castrar la doctrina de Marx, G. Cunow («Teoría marxista de la historia, de la sociedad y del Estado», 1920) descubre dos Marx: uno anterior al Manifiesto Comunista y otro en el que no reconoce más que en escasa medida al Marx ortodoxo. En cuanto al que continuó desarrollando, sobre la base de la experiencia de la revolución de 1848, de la Comuna de París, su doctrina de la revolución proletaria con la idea de la destrucción obligatoria del aparato del Estado burgués durante la revolución proletaria, al que concretó su idea del período de transición como período de la dictadura del proletariado, G. Cunow le rechaza como un falso Marx que, arrastrado por la práctica revolucionaria, ha caído bajo la influencia del blanquismo y se ha desviado del marxismo ortodoxo. Pero esta división de Marx en dos realizada por Cunow, así como la crítica de Marx por Bernstein, descubren demasiado claramente el carácter revisionista de la interpretación del marxismo «ortodoxo» proporcionada por Cunow. Por eso la socialdemocracia se vió obligada a criticar oficialmente a Cunow, aunque amistosamente.

Para adaptar el marxismo a los intereses de la burguesía, los líderes socialdemócratas han ocultado conscientemente a la clase trabajadora, durante varias dece-

nas de años, diversos manuscritos de Marx en los que éste desenmascaraba el oportunismo, le criticaba implacablemente y desarrollaba su teoría revolucionaria, en particular la doctrina de la dictadura del proletariado, lo que no cuadraba bien con el pseudomarxismo de Kautski, castrado en interés de la dominación de la burguesía. En uno de estos manuscritos ocultados por los socialfascistas y descubierto después, las notas sobre el libro de Bakunin «El Estado y la anarquía» (1874), Marx expone con una claridad excepcional su doctrina de la dictadura del proletariado. Dice:

«La dictadura del proletariado es la dominación de clase de los obreros sobre los vestigios del mundo antiguo que le resisten. Durará mientras no sean destruidas las bases económicas de la existencia de las clases. Esto significa que mientras subsistan otras clases, y en particular la clase capitalista, el proletariado luchará contra ella (porque al advenimiento al poder del proletariado, sus enemigos no desaparecen ni el antiguo orden social), tendrá que emplear medios de violencia, ya que la violencia es un medio de gobernar. Si el proletariado subsiste todavía en tanto que clase, y si las condiciones económicas que engendran la lucha de clases, es decir, la existencia de las clases, no han desaparecido todavía, tendrán que ser suprimidas y transformadas por la violencia, el proceso de su transformación debe ser acelerado por la violencia.»

No la democracia burguesa disimulada con una «fraseología democrática», sino la dominación de clase del proletariado; no la integración pacífica del capitalismo en el socialismo, sino la necesidad de una destrucción activa por el proletariado en el poder de los fundamentos económicos de la sociedad dividida en clases; no ilusiones sobre la sumisión pacífica de los capitalistas al proletariado en el poder, sino su lucha ineluctable contra el proletariado en el poder y la necesidad para éste de emplear la violencia contra los vestigios de las clases dominantes; no la desaparición de las clases por sí mismas, sino la necesidad de la lucha activa del proletariado para la liquidación de esas clases por la supresión violenta de unos (se trata de los elementos capitalistas que combaten al proletariado) y por la transformación del pequeño productor. Tal es, según Marx, el tenor de la concepción de la dictadura del proletariado como política del proletariado durante el período de transición. La profunda justeza de la previsión de Marx en lo que concierne a la orientación de la política del proletariado después de la toma del poder, se desprende de una manera brillante hoy que el Partido leninista, bajo la dirección de Lenin primero y de Stalin después, ha realizado con éxito esta política durante los quince años de dictadura proletaria en la U. R. S. S.

Marx y Engels tenían profunda consciencia de la naturaleza oportunista de las charlatanerías sobre la «democracia» y discernían en ellas la tendencia a sustituir la idea de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado por la concepción de la democracia. Un año después de la muerte de Marx, Engels escribía a Bebel:

«En cuanto a la democracia pura y al papel que está llamada a desempeñar en el porvenir, no estoy de acuerdo contigo. Es claro que en Alemania desempeña un papel mucho más secundario que en los países que tienen un desarrollo industrial más largo. Pero esto no le impedirá ser, en el momento de una revolución, en calidad de partido burgués extremo y durante algún tiempo, la última tabla de salvación de toda la economía burguesa, incluso feudal, y ya se ha descubierto en este aspecto en Francfort. En ese momento, toda la masa reaccionaria se encontrará tras ella y la reforzará; todo lo que era reaccionario se cubrirá entonces con la máscara «democrática.» (Archivos de Marx y Engels. Cartas de Engels a Bebel, 11 de diciembre de 1884.)

La carta de Engels traza con una gran perspicacia la vía del desenvolvimiento del oportunismo, la de la apología del capitalismo, vía seguida por los autores de la fraseología democrática y que hizo forzosamente de ellos, durante la revolución de noviembre en Alemania, «la última tabla de salvación del capitalismo». Han evolucionado de una manera ininterrumpida bajo la consigna de la «defensa de la democracia pura» hacia el fascismo, producto orgánico de esta democracia pura y que se ha formado bajo la consigna de defensa de la teoría del «mal menor».

La socialdemocracia, durante todo el período de su dominación oportunista en el seno de la II Internacional, expurgó al marxismo de su contenido esencial: la dictadura del proletariado; y actualmente, después de la revolución de octubre, la dic-

tadura del proletariado es el principal objeto de los ataques de los socialfascistas. En lugar de la revolución proletaria y de la conquista violenta del poder por el proletariado, del derrumbamiento de la dominación de los explotadores, el socialfascismo emite una teoría según la cual «el socialismo nacerá pacíficamente y se desarrollará en el seno mismo del capitalismo». En lugar de la revolución comunista que según Marx y Engels debe hacer temblar a las clases dominantes en el mundo entero, el socialfascismo propone la idea de la paz social y de la colaboración de clases; la idea de la «democracia económica» difunde la ilusión de los «trozos de socialismo» que se desarrollan en el capitalismo. No queda ni un ápice de la doctrina revolucionaria de Marx y Engels en el socialfascismo. Por el contrario, se ha asignado como fin esencial la lucha contra esta doctrina.

El Estado, producto de las contradicciones de las clases

Marx y Engels probaron que la existencia del Estado está ligada en todas las fases de la historia a la existencia de las clases, que es la manifestación del antagonismo inconciliable de las clases.

El Estado es el instrumento de opresión de una clase por otra.

«Esto concierne tanto a la República como a la Monarquía. El poder del Estado contemporáneo no es otra cosa que un comité que rige los negocios públicos de la burguesía.» (Marx, «La Guerra civil en Francia», prefacio de Engels.)

La concepción de Marx sobre el Estado está estrechamente ligada a toda la teoría marxista auténtica. De la concepción del Estado, instrumento en manos de la clase dominante, se desprende su papel de instrumento de violencia contra las clases vencidas y la imposibilidad del triunfo del proletariado por medios pacíficos, sin la destrucción previa del aparato del Estado de los explotadores. Ahora bien: teniendo en cuenta que las clases no son abolidas de un golpe con la toma del poder por el proletariado, las contradicciones de clases subsisten igualmente después de la revolución proletaria y se acentúan todavía más, de donde la necesidad para el proletariado de crear su propio Estado proletario: la dictadura proletaria.

La tarea del Estado proletario consiste en reprimir y en destrozar a las clases hostiles, las clases de los explotadores, en agrupar a su alrededor y bajo su dirección a todos los trabajadores y en asegurar los intereses del proletariado y de todos los trabajadores, la abolición de la sociedad dividida en clases y las bases mismas de su existencia.

La historia del oportunismo de la II Internacional es al mismo tiempo la historia de los esfuerzos hechos por los revisionistas para vaciar la doctrina de Marx de su contenido revolucionario. La base de estos esfuerzos revisionistas fué siempre el intento de oponer a la concepción marxista del Estado, instrumento de la lucha de clases, la ilusión del Estado, instrumento por encima de las clases al servicio de toda la sociedad, instrumento de la conciliación de las clases. Toda una pléyade de teóricos revisionistas (Bernstein, Cunow, Hilferding, Adler y otros varios) se han esforzado por demostrar que la concepción marxista del Estado no era justa. No estando en condiciones de refutar el análisis hecho por Marx de la historia de la lucha de clases, los revisionistas o bien reconocían como justa la definición de Marx del Estado hasta la aparición de la República democrática, o bien se esforzaban por demostrar que Marx se había dejado arrastrar por su odio al Estado de su época y no observó más que una sola característica del Estado (Hilferding, Cunow), omitiendo al parecer las demás. El objeto de todas estas falsas interpretaciones y enmiendas a la doctrina de Marx tiende a demostrar que el Estado burgués contemporáneo no es ya un instrumento de clase de la burguesía, y también que todas las conclusiones revolucionarias a las cuales llegó Marx y que fijaba como tareas del proletariado en la lucha de clases, no concernían ya a este Estado.

Kautski, jefe desde hace tiempo del «centrismo» en la II Internacional, ha seguido un camino un poco diferente del de Bernstein en la revisión del marxismo y defiende desde hace mucho tiempo esta teoría manifiestamente antimarxista del Estado predicada por toda la II-Internacional. Es más, en nuestros días es uno de los repre-

sentantes más encarnizados de la repudiación socialfascista de Marx. Presenta al Estado anteriormente dividido en clases como habiendo sufrido una transformación radical, como habiendo cesado de ser un Estado de clase para transformarse en una organización del pueblo.

«El Estado democrático—dice Kautski en «La concepción materialista de la historia»—está en contradicción completa con la naturaleza del Estado históricamente constituido, que, desde el principio, reposaba en órdenes desiguales, en clases y en las comunidades que formaban parte de ellas. Pero el Estado democrático moderno se distingue de las formas anteriores en que la utilización del aparato del Estado en interés de la clase explotadora, no constituye ya la naturaleza del Estado ni está indisolublemente ligado con él. Por el contrario, el Estado democrático tiende a transformarse no en un órgano de la minoría, como en los Estados que le precedieron, sino en un órgano de la mayoría de la población, es decir, de los trabajadores.»

Esta concepción se halla en la base de la nación socialdemócrata del Estado burgués moderno como Estado popular, a diferencia del Estado de clase, único fin, al parecer, ¡de los fascistas! Se inculcan ilusiones al proletariado haciéndole creer que su única tarea es la conquista del poder del Estado por medio de la papeleta del voto, sin dificultar absolutamente en nada el funcionamiento del aparato del Estado «popular». Los ministros y funcionarios socialdemócratas, los prefectos de policía socialdemócratas, los oficiales y agentes de policía, los directores de banco socialdemócratas que conceden créditos a los capitalistas, constituyen la pretendida vía del «crecimiento del socialismo» y de «la lucha por el socialismo» que ha sido durante largos años preconizada por los socialfascistas de todos los países a los obreros que se hallan todavía bajo su influencia. Los jefes socialdemócratas, por medio de enmiendas y de rectificaciones a la doctrina de Marx, quieren hacer admitir su participación en el proceso general de fascización del Estado burgués, hacer admitir las diferentes funciones que aseguran en la organización de la ofensiva capitalista contra la clase obrera y la defensa del régimen burgués ante la revolución proletaria. No hacen más que envilecer el marxismo, a la vez que sostienen contra él una lucha encarnizada.

Uno de los principios más importantes del marxismo sobre la revolución proletaria y la dictadura del proletariado, es la idea de la destrucción del aparato del Estado burgués durante la revolución. Marx, al generalizar la experiencia de las revoluciones de 1848 y de la Comuna de París, subrayó con una fuerza especial esta idea en su «18 Brumario» y en su «La Guerra civil en Francia».

El aparato del Estado burgués es únicamente adaptado a las necesidades de la burguesía en tanto que clase dominante, a la dominación de la minoría sobre la mayoría, para el refuerzo de la explotación.

No puede ser simplemente conquistado y utilizado por el proletariado después de la conquista del poder. No solamente no puede contribuir a resolver la tarea de hacer participar a todos los trabajadores en la gestión del Estado, sino que dificulta la solución de esta tarea por el proletariado. Dificulta la lucha del proletariado contra sus enemigos de clase, ofrece a sus enemigos la posibilidad de luchar por el restablecimiento de su dominación. Impide al proletariado abolir las bases económicas de la división de la sociedad en clases, no puede menos de contribuir al refuerzo de las bases de la sociedad dividida en clases. Por eso el proletariado tiene que destrozarse completamente el aparato del Estado burgués y crear en su lugar un nuevo aparato que corresponda a las tareas de la revolución proletaria, un aparato de Estado de la dictadura proletaria. Engels, al refutar las ideas anarquistas sobre la destrucción del Estado en general durante la revolución, escribía respecto al aparato de la dictadura proletaria:

«Es el único aparato por medio del cual el proletariado victorioso puede establecer el poder que acaba de conquistar, reprimir a sus enemigos, los capitalistas, y realizar la revolución económica de la sociedad, sin la cual la victoria tendrá infaliblemente que terminar por la derrota y los asesinatos en masa de los obreros, como fué el caso de la Comuna de París.»

Kautski atribuye falsamente a Marx la idea de la destrucción del aparato del Estado del imperio de Napoleón III únicamente, cuando Marx preconizaba la destrucción del aparato del Estado burgués ante la revolución popular del aparato burocrático y militarista de la burguesía. Aquí lo que dice Kautski a este respecto:

«Se refería, no al Estado, sino al aparato burocrático y militarista, por consecuencia, solamente a una forma particular del Estado, una forma de la monarquía militar y burocrática.» (Kautski, «La concepción materialista de la historia».)

Pero si Kautski lucha con tal ardor en favor del mantenimiento del aparato del Estado burgués, se porta de otro modo con el aparato del Estado de la dictadura del proletariado. A la vez que predica la intervención militar contra la U. R. S. S., así como las sublevaciones de los guardias blancos y kulaks en el interior de la Unión, considerándoles objetivamente útiles para la salvación de la causa democrática, da de este modo una indicación concreta sobre la táctica que deben seguir los enemigos de clase del proletariado. Recomienda en primer lugar destruir el aparato de Estado de la dictadura del proletariado durante esas sublevaciones «espontáneas», tan esperadas, contra los bolcheviques. (Kautski, «El bolchevismo en un callejón sin salida».)

Es en esta cuestión donde este viejo lacayo de la burguesía descubre mejor su naturaleza de clase. A la vez que niega la necesidad de destruir el aparato del Estado burgués durante la revolución proletaria, considera que la primera tarea de la contrarrevolución es aniquilar el aparato del Estado proletario, de desorganizarle en tanto que clase dominante.

En la selección de artículos que la socialdemocracia acaba de hacer aparecer sobre Marx, bajo el título de «Marx, pensador y luchador» encontramos en un artículo de F. Dan (uno de los dirigentes más conocidos de los mencheviques rusos emigrados), titulado «Marx, político», un intento de justificar la deformación del contenido revolucionario de la teoría de Marx, pero bajo una bandera de «izquierda» fingiendo desolidarizarse de Kautski, lo que corresponde a la maniobra general actual del fascismo. Dan no niega que Marx y Engels han defendido siempre la idea de la dictadura del proletariado, pero pretende que en su período de madurez «no le dieron un sentido jacobino como al principio».

No hay duda que Marx y Engels se imaginaban, hacia el año 1840, la dictadura del proletariado en un sentido «jacobino». Pero Dan, como Bernstein, considera esta idea de Marx y de Engels como un entrenamiento. Pero después, según ellos, arrojó todos los vestigios de sus tradiciones «jacobinas».

La idea de Marx de que la democracia política es la condición indispensable de la victoria proletaria como período transitorio entre el derrumbamiento de la dominación política de la burguesía capitalista y la edificación definitiva de la economía socialista de la sociedad sin clases, se repite como un leitmotiv a través de todos sus escritos, comenzando por el Manifiesto Comunista.»

Así, a despecho del desenvolvimiento real de la teoría de Marx, a pesar de las afirmaciones de Marx y de Engels, clara y frecuentemente expresadas, sobre la dictadura del proletariado y sobre el Estado instrumento de la represión de los explotadores y de la construcción de la sociedad sin clases, por más que Marx y Engels hayan desenmascarado la «democracia» en general, la «democracia pura» como una democracia burguesa opuesta a la democracia proletaria, por más que hayan mostrado que la idea de la «democracia política» en general es una democracia burguesa hostil al proletariado, Dan torpedea de nuevo la idea de Marx sobre la dictadura del proletariado sirviéndose del término de «democracia política».

Todo lo que Marx dijo en 1851, 1852, 1871, 1874, 1875, y Engels en 1884, 1891 y 1894 sobre la dictadura del proletariado y la revolución proletaria violenta y que se encuentra en todas sus obras sin excepción, es rechazado sin la menor vacilación. En lugar de un Marx forjando y plantando los fundamentos de su teoría revolucionaria, Dan presenta a sus lectores un Marx que repudia sus entrenamientos «jacobinos» de juventud y que ve en la «democracia», es decir, en la democracia burguesa, la vía que conduce al socialismo. Dan proclama como principio supremo de la política revolucionaria del proletariado, la utilización «sin ninguna reserva» de las fuerzas productivas creadas por el capitalismo, y, apoyándose en este «principio», sustituye la doctrina de Marx sobre la revolución proletaria violenta que debe destruir, aniquilar el aparato del Estado burgués e instaurar la dictadura del proletariado, por la lamentable idea de la «conquista y de la defensa de la democracia política», la idea vaga del «derrumbamiento de la dominación política de la burguesía capitalista», lo que, evidentemente, no tiene nada de común con el derrumbamiento violento de la dominación burguesa por el proletariado y la instauración de la dictadura pro-

letaria, por más que Dan jure que no niega el papel de la violencia. Marchando sobre las huellas de Kautski, Dan representa la dictadura del proletariado en la Unión Soviética como la dictadura de una minoría privilegiada y consciente sobre la mayoría inconsciente, y le opone la «democracia política» actual, es decir, la democracia burguesa, que asegura, al parecer, el verdadero reinado de la mayoría. Dan repite machaconamente, en una forma de «izquierda» un poco renovada y con algunas variaciones, la «charlatanería democrática» de la II Internacional que oculta la idea activa, aunque enmascarada, aportada a la burguesía en los preparativos de intervención armada y en la espera de sublevaciones kulaks y del derrumbamiento de la dictadura en la U. R. S. S. Dan, como todos los ideólogos de la II Internacional, viste a Marx de socialfascista de hoy para hacerme fácil la lucha contra el verdadero Marx, contra el marxismoleninismo, contra la grandiosa idea de Marx realizada en la U. R. S. S., único país del mundo con dictadura del proletariado.

F. Adler "contra" Kautski o los movimientos de izquierda de los señores socialdemócratas

Aunque Kautski no desempeña un gran papel en el trabajo de organización de la socialdemocracia, ha sido su principal teórico durante las últimas décadas, lo que le ha valido el nombre de «cerebro del partido», de «maestro» de la parte de la socialdemocracia alemana que ha intentado disimular bajo apariencias marxistas que estaba al servicio del capitalismo, a la vez que deformaba y envilecía de hecho el marxismo. Este título dió a Kautski el derecho de expresar más abiertamente y con más firmeza lo que otros piensan pero ocultan bajo una fraseología pseudo marxista. Por eso la evolución de Kautski refleja la evolución de las verdaderas opiniones de las esferas dirigentes de la socialdemocracia. El movimiento comunista, con Lenin a la cabeza, desnudó implacablemente las deformaciones oportunistas de la teoría marxista y esto ha obligado a Kautski a repudiar abiertamente la teoría de Marx sobre la revolución proletaria y la dictadura del proletariado. Pero durante los primeros años que siguieron a la revolución de octubre, Kautski intentó todavía ocultar esta defección con afirmaciones sobre la identidad de sus concepciones con la auténtica doctrina de Marx. Al hacer esto, Kautski daba por descontada la rápida derrota de la dictadura de proletariado en Rusia. La consolidación de esta dictadura y los inmensos éxitos de la edificación socialista, la derrota de los elementos capitalistas y el rápido desenvolvimiento de la edificación del socialismo provocaron el despecho del «maestro» del oportunismo en sus escritos teóricos y le obligaron a emplear un lenguaje más claro. Esto se expresó con un relieve especial en los últimos trabajos de Kautski, **La concepción materialista de la historia** y el **Bolchevismo en un callejón sin salida**.

El fascículo del mes de febrero de la revista *Der Kampf*, órgano de la socialdemocracia austríaca ha aportado un nuevo documento de una banalidad y de un carácter calumniador contrarrevolucionario excepcional; un artículo de K. Kautski titulado «La democracia y la dictadura». La redacción de la revista se vió incluso obligada a desolidarizarse de este artículo (pero no por eso fué menos amistosamente publicado y Kautski tratado de maestro) con una nota y con la publicación de la correspondencia cambiada entre Federico Adler y Carlos Kautski respecto a la oportunidad de la aparición de este artículo. El artículo de Kautski expresa el deseo todavía más áspero que antes, del «maestro socialfascista» de ver el derrumbamiento de los bolcheviques en la Unión Soviética y de justificar toda contrarrevolución capaz de servir para estos fines.

«No es el derrumbamiento de la dictadura en Rusia, sino su existencia lo que constituye una gran amenaza y es nefasta para la lucha emancipadora realizada actualmente por el proletariado.» «El enemigo se ha atrincherado en Moscú e impide toda posibilidad de constituir un frente único proletario. Las contradicciones que existen entre Moscú y la Internacional Socialista Obrera no se basan en malentendidos, tienen profundas raíces en la naturaleza de las cosas y son tan irreconciliables como el antagonismo entre la dictadura y la democracia.»

Y el viejo zorro de Kautski llega al llamamiento directo a la intervención y a las sublevaciones de los kulaks, maniobrando de una manera bien anticuada en el fondo, pero renovada en la forma, con las palabras de dictadura y democracia que opone una a otra. Ni siquiera trata, como otras veces de invocar el testimonio de Marx, expone sus puntos de vista como indiscutibles. ¡Que se corrija Marx si sus concepciones no corresponden a las de Kautski! Marx, como hemos visto, ha desenmascarado las charlatanerías sobre la democracia como apología del régimen burgués. Kautski hace de esta democracia el objetivo final. Ya no se contenta con substituir, como hace habitualmente la socialdemocracia, la revolución proletaria y la dictadura del proletariado por la democracia burguesa pretendiendo que esta democracia es el camino del socialismo, exige lógica y espíritu de continuidad: si es el camino que conduce al socialismo, es preciso también buscar en ella el socialismo.

«La democracia no es solamente el camino que nos conduce al fin socialista, es también una parte del fin mismo, si se tiene en cuenta que el fin no es solamente el bienestar, sino también la igualdad y la libertad de todos. La democracia está indisolublemente ligada al socialismo como vía que conduce al fin y como elemento del objetivo final.»

Esta apología de la democracia burguesa como parte del socialismo, no tiene nada de nuevo. No hace más que reproducir las pobres teorías sobre la creación de «ramas» del socialismo en el seno de la sociedad capitalista, teorías edificadas por la socialdemocracia inspirándose en la idea de la integración pacífica del capitalismo en el socialismo, de la negación de la necesidad de una revolución violenta. Pero aquí Kautski ha puesto los puntos sobre las íes de una manera mucho más franca que antes, indentificando el régimen burgués explotador, dulcificado con enseñanzas democráticas, con el socialismo, substituyendo la tarea de la abolición de la sociedad de clases con elogios de esta sociedad transformada ya, al parecer, en una sociedad sin clases, en una sociedad socialista.

La dirección oficial de la socialdemocracia se da cuenta perfecta de que el cantar las alabanzas del capitalismo en el momento de una profunda crisis económica, del paro y del hambre, de la ofensiva del capitalismo contra el nivel de vida de las masas trabajadoras, del terror de los asesinatos, mientras subsisten algunos vestigios de la democracia burguesa, el socialfascismo amenaza con desacreditarse ante los ojos de las masas trabajadoras. Federico Adler ha expresado claramente este temor en una primera carta a Kautski (31-XII-32):

«En la actualidad la situación es tal, que la enorme mayoría de la Internacional Socialista considera como políticamente inadmisibile incluso la menor apariencia de tolerancia hacia la opinión que tú defiendes, y si planteas de nuevo esta cuestión la Internacional Socialista tendrá netamente que declarar que tu punto de vista sobre la táctica respecto a las sublevaciones espontáneas en Rusia es inadmisibile en la Internacional.»

Precisamente «la situación actual» hace difícil la apología del capitalismo que ha hundido en la miseria y el hambre a millones de trabajadoras y el llamamiento abierto al derrumbamiento de la dictadura del proletariado en la Unión Soviética, que ha obtenido éxitos económicos y culturales sin precedentes en la historia humana. Esto podría en efecto abrir los ojos a las masas de los obreros socialdemócratas sobre la naturaleza del socialfascismo, y es esto lo que obligó a Adler y a la redacción del *Kampf* a rogar a Kautski que se abstuviese de expresar abiertamente sus opiniones, y les obligó a desolidarizarse de Kautski formalmente sobre diferentes cuestiones, después que el «viejo maestro» se negó a abandonar sus posiciones. Por eso los socialdemócratas austríacos que se entregan a maniobras de «izquierda» se han decidido a una maniobra más hábil, reconocer, de palabra claro está y sólo parcialmente, lo que es evidente a los ojos de los trabajadores, y asegurándose de esta suerte una cierta confianza de las masas, continuar engañándolas. En su respuesta a Kautski, Adler propone adoptar otra posición: reconocer que la democracia burguesa, como la dictadura del proletariado, conduce al socialismo.

«1.—Los bolcheviques deben admitir que la vía democrática hacia el socialismo, al menos en algunos países (Escandinavia, por ejemplo), no está excluida.

«2.—Los socialistas deben admitir que la posibilidad para la Rusia Soviética

de alcanzar el socialismo sobre la base de la situación actual, sin un retorno al capitalismo privado, no está excluida.»

Así, Adler emite la idea de «dos vías» que conducen al socialismo, pretende que «al lado» de la dictadura del proletariado, hay otra vía hacia el socialismo, la vía «democrática» de coexistencia pacífica con el capitalismo de su propio país.

Esta actitud de los socialdemócratas austriacos no tiene nada de nueva. En la historia de la lucha de clases del proletariado se encuentra en muchas ocasiones en la posición de los independientes alemanes en 1918-19, en la de la «izquierda» del partido socialdemócrata alemán en 1928 y también varias veces en O. Bauer. Es siempre la de los socialdemócratas de «izquierda» cuando la crisis revolucionaria crece con una fuerza especial, cuando, sin prestar atención a las exhortaciones de los líderes socialdemócratas, la clase obrera comienza a entrar por la vía de la lucha directa contra el régimen burgués. Kautski, sin embargo, halla arriesgado este juego.

«Este punto de vista oculta un gran peligro: si fuese justo, debilitaría considerablemente nuestra energía en la lucha por la democracia.»

La situación del capitalismo como consecuencia de la acentuación de la crisis económica, de la agravación de las batallas en el mundo capitalista y del continuo refuerzo político y económico de la Unión Soviética, exige medidas enérgicas para la defensa del capitalismo. Ahora bien, en opinión de Kautski, la posición de Bauer y de F. Adler no permite engañar suficientemente las masas con el fin de organizar una nueva intervención armada; debe, al menos por forma, excluir el apoyo a la intervención y a las sublevaciones de los kulaks. En consecuencia, según Kautski, cuyo objetivo esencial es el derrumbamiento del poder soviético, puede suscitar dificultades en «la lucha por la democracia», es decir, por la contrarrevolución en la Unión Soviética. Está descontento, sobre todo, de que una tal posición haría difícil el disfraz de los mencheviques rusos porta-estandartes de la democracia y campeones del restablecimiento en la Unión Soviética del régimen democrático, es decir del régimen capitalista.

Las lamentables teorías de Otto Bauer, de F. Adler y de sus discípulos no son más que un nuevo intento de desviar a la clase obrera de la lucha internacional por la dictadura proletaria y sirven objetivamente al refuerzo de la dictadura de la burguesía.

Alentada por las charlatanerías democráticas de la II Internacional efectuadas a título de intentos enérgicos del socialfascismo, para desviar la atención del proletariado del mundo capitalista de la vía indicada por Marx, la única que conduce a su liberación, la burguesía en el poder sostiene una ofensiva encarnizada contra la clase obrera, contra sus organizaciones revolucionarias y en primer lugar con el Partido Comunista, único partido de la clase obrera, con el fin de asegurarse una salida a la crisis económica actual por la vía capitalista.

Emplear un método de mentiras, jugar a la democracia burguesa, no basta ya para asegurar el mantenimiento de la dictadura burguesa, para asegurar la estabilidad del régimen capitalista, contra la clase obrera que pasa a la contra-ofensiva. Por eso el capitalismo ha entrado en la vía de la fascización del Estado burgués, reemplaza la mentira de que se servía principalmente para afirmar su dictadura, por el terror; la instauración de esta abierta dictadura de la burguesía es combinada con el empleo del método de mentiras y el mantenimiento parcial de los restos de democracia burguesa. La socialdemocracia presenta la defensa de estas migajas democráticas burguesas, como vía real de la clase obrera hacia el socialismo, el mantenimiento parcial, como una victoria sobre el fascismo y cada grado de fascización del Estado burgués, como un «mal menor» con relación a la fascización integral. Por esto la socialdemocracia no hubiese desviado importantes categorías de la clase obrera de la lucha revolucionaria, si no las hubiese engañado presentando la democracia burguesa como «un movimiento hacia el socialismo». La movilización de la mayoría de la clase obrera alrededor de la bandera de la revolución proletaria, de la idea marxista del derrumbamiento violento del régimen burgués de explotación y alrededor de la instauración de la dictadura del proletariado, hubiera proporcionado la posibilidad de rechazar la ofensiva del capitalismo contra el nivel de vida de las masas trabajadoras y hubiera asegurado la verdadera abolición de la opresión y de la explotación de los traba-

jadores. La socialdemocracia, al dividir a la clase obrera, al desviarla de la lucha revolucionaria, se ha transformado objetivamente en socialfascismo y cumple el papel de apoyo principal de la burguesía.

La teoría revolucionaria de Marx define y preconiza el único camino de la victoria del proletariado en el mundo entero. La inmensa fuerza de la teoría revolucionaria de Marx reside en la definición de la identidad de los intereses del proletariado de todos los países en la lucha contra el capitalismo, identidad en la que Marx insistió. La burguesía opone a esta teoría del internacionalismo proletario, la ilusión de la unidad nacional, esforzándose así por desviar a una parte del proletariado y a las grandes masas de la pequeña burguesía de la lucha contra el capitalismo y de utilizar una parte de la pequeña burguesía en su lucha contra el proletariado revolucionario. Durante decenas de años la socialdemocracia ha inculcado con perseverancia ilusiones patrióticas al proletariado. Fue el social-patriotismo del período de la guerra imperialista, las lamentables «teorías» de la exclusividad de su propio país en cuanto a la vía a seguir en la lucha por el socialismo, la acción tendiente a desviar la atención de los obreros de la lucha contra los capitalistas de su propio país, el sostén de los intereses del capitalismo de su nación, la justificación de su política imperialista y militarista, el apoyo directo en la realización de esta política, la dirección de la lucha sostenida por la burguesía contra la revolución de octubre, ciudadela del proletariado revolucionario internacional. Con esto, la socialdemocracia ha aportado y continúa aportando su concurso a la burguesía en su obra de fascización del Estado.

El movimiento de masas organizado en el nacional-socialismo en Alemania sería imposible sin la lucha de la socialdemocracia contra el internacionalismo proletario. La socialdemocracia, con varias decenas de años de deformaciones oportunistas de la doctrina de Marx, ha preparado el terreno al capital para engañar a la pequeña burguesía y a las capas menos conscientes del proletariado con ilusiones nacionalistas.

La teoría revolucionaria de Marx, bandera del internacionalismo proletario, bandera de la lucha por el derrumbamiento de la dominación de la burguesía en el mundo entero, bandera de la dictadura del proletariado, es el arma más poderosa del proletariado alrededor de la cual debe movilizarse la mayoría de la clase obrera.

**

Armado de la doctrina y crítica revolucionaria de Marx, Lenin descubrió la naturaleza oportunista, servil para con la burguesía, de numerosas rectificaciones, francas u ocultas, que los teóricos de la II Internacional han aportado a esta doctrina. Lenin destacó lo que estos teóricos habían «olvidado», lo que habían rechazado de la teoría revolucionaria de Marx. Restableció la doctrina revolucionaria de Marx sobre el Estado y la dictadura del proletariado, envilecida por los oportunistas de la II Internacional y la desarrolló basándose en toda la rica experiencia de la lucha del proletariado en el período del imperialismo y de la revolución proletaria. «El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria» (Stalin). Lenin no solamente restableció en toda su integridad y precisión la doctrina revolucionaria de Marx sobre la revolución proletaria y la dictadura del proletariado, sino que continuó desarrollándola generalizando toda la experiencia adquirida por el proletariado revolucionario después de la época de Marx. Lenin fundó la doctrina del imperialismo como fase superior del capitalismo, la fase de putrefacción. Desarrolló la doctrina de Marx sobre la revolución permanente y creó la teoría de la revolución democrático-burguesa en el período del imperialismo. Elaboró la cuestión nacional colonial en tanto que la cuestión de las reservas de la revolución proletaria mundial, aportando la liberación al proletariado así como a los pueblos oprimidos de las colonias y semi-colonias. Lenin desarrolló, colocó en su sitio la doctrina de la revolución proletaria, de sus condiciones, de su contenido y de sus objetivos, enriqueciéndola con la nueva experiencia de la lucha de clases. Lenin desarrolló la idea de Marx y Engels sobre la dictadura del proletariado y extrajo de ella la doctrina de la táctica, de la estrategia, de las tareas de la dictadura del proletariado y del Estado proletario como

Estado del período de transición. Lenin, en fin, creó la doctrina del partido proletario, vanguardia del proletariado y cuya cohesión de acero, basada en la doctrina marxista-leninista, es la condición indispensable de la victoria del proletariado.

En su lucha contra el oportunismo de la II Internacional, contra el revisionismo declarado y el «centrismo» kautskista, en su lucha en los dos frentes contra las deformaciones de la teoría marxista y de la dictadura del proletariado en las filas del marxismo revolucionario, contra el luxemburguismo, contra las «izquierdas» en el período de la guerra mundial, contra el trotskismo, contra la desviación de derecha, contra diversas teorías de conciliación a su respecto, Lenin y su partido agudizaron el arma de la teoría marxista revolucionaria guía omnipotente del proletariado en su acción, en su lucha contra el capitalismo.

Bajo la dirección de Lenin triunfó en la U. R. S. S. la revolución proletaria; la dictadura del proletariado halló su encarnación en la sexta parte del globo. Armado del marxismo-leninismo, el proletariado ha forjado los órganos revolucionarios de la dictadura del proletariado: los Soviets. El potente partido leninista de los luchadores de vanguardia del proletariado destruyó a los elementos capitalistas en el interior del país y aseguró el triunfo del socialismo en la U. R. S. S.

El marxismo-leninismo es la teoría revolucionaria del proletariado que atrae ahora las miradas de los oprimidos y explotados del mundo capitalista, que los llama a la lucha contra el capitalismo. Lo esencial del marxismo—la dictadura del proletariado—constituye también lo esencial del leninismo que ha llegado a ser la doctrina del contenido de la revolución proletaria.

Bajo la dirección del mejor discípulo de Lenin, Stalin, que ha continuado desarrollando la gran doctrina de Marx-Engels-Lenin sobre la dictadura del proletariado, el partido leninista realiza esta doctrina, destruye en la U. R. S. S. la sociedad dividida en clases, edifica el socialismo y transforma la U. R. S. S. en ciudadela inexpugnable de la revolución proletaria mundial. La doctrina marxista-leninista de la dictadura del proletariado, único camino para la emancipación del proletariado y de todos los trabajadores del yugo capitalista, moviliza alrededor de los partidos comunistas de los países capitalistas, alrededor de la internacional Comunista, millones de hombres para la lucha en favor del derrumbamiento del régimen burgués y para el triunfo del comunismo en el mundo entero.



C. MARX

El lock-out a los obreros de la construcción de Ginebra

El Consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores a los obreros y obreras de Europa y de Estados Unidos

¡Camaradas!

LOS patronos del ramo de la construcción de Ginebra, después de una madura reflexión, han llegado a la conclusión de que "LA ILIMITADA LIBERTAD DE TRABAJO" es la mejor condición para la felicidad de la población trabajadora. A fin de asegurar este don a sus obreros, han resuelto el 11 de julio actuar a la manera inglesa y declararon el lockout a todos los obreros que trabajaban hasta ahora en sus empresas, en número aproximado de 3.000.

Como el movimiento sindical ha nacido recientemente en Suiza, estos patronos constructores de Ginebra lo han llamado muy indignados "importación inglesa". Hace dos años se burlaban de sus obreros por su falta de patriotismo, por haber intentado transplantar al suelo suizo una planta tan exótica como la limitación de la jornada de trabajo y la implantación de un salario fijo. No tienen la menor duda de que aquí han intervenido astutos instigadores, porque sus obreros locales no hubieran llegado por su propia inteligencia a nada más natural y agradable que extenuarse con un trabajo de 12 a 14 horas por día y recibir por esto lo que al patrono se le antoje pagar. Han manifestado públicamente, que los obreros, ciegos, actuaban al dictado de Londres y París, a la manera de los diplomáticos suizos acostumbrados a obedecer las órdenes de San Petesburgo, Berlín y París. Mientras tanto, no se ha podido convencer a los obreros ni con amenazas, burlas ni persecuciones de que la limitación de la jornada de trabajo a 10 horas y la implantación de un salario fijo ultraja la dignidad de un libre ciudadano suizo; tampoco se ha podido provocarlos a cometer actos irreflexivos que darían a los patronos un pretexto cómodo y plausible para represiones legales contra las uniones.

Por último, en mayo de 1868, el Ministro de Justicia y de Policía de aquel entonces, Camperio, logró un convenio, en cuya virtud la jornada de trabajo fué limitada a 9 horas durante el invierno y a 11 durante el verano, pasando gradualmente al salario de 45-50 céntimos por hora. Este convenio fué firmado en presencia del Ministro, por los patronos y los obreros del ramo de la construcción. En la primavera de 1869, muchos patronos rehusaron pagar por las 11 horas de trabajo de verano más que por las nueve horas de invierno. De nuevo fué logrado un acuerdo: la tarifa de 45 céntimos por hora fué fijada para todas las clases de trabajo. Aunque los obreros revocadores y los pintores también estaban comprendidos en este convenio, debían, sin embargo, seguir trabajando en las condiciones existentes antes del 1868, pues no estaban suficientemente or-

El 15 de mayo de este año reclamaron, sobre la base del convenio, condiciones iguales a las de las otras ramas, y como les fuesen negadas, abandonaron el trabajo la semana siguiente. El 4 de junio, los patronos resolvieron: "si los revocadores y los pintores no reanudan incondicionalmente el trabajo antes del 9 de julio, todos los obreros de la construcción serán despedidos el día 11". Esta amenaza fué cumplida al pie de la letra. No satisfechos con el despido de los obreros, los patronos exigían que el Gobierno federal declarase públicamente la disolución de la Unión Internacional y la expulsión de los extranjeros de Suiza. Su benévola y realmente liberal tentativa de restablecer la "ILIMITADA LIBERTAD DE TRABAJO" ha sufrido un rotundo fracaso; lo impidió la protesta de un numeroso mítin de obreros locales, no del ramo de construcción.

Los sindicatos de otras ramas de industria de Ginebra han elegido un comité que dirige los asuntos de los obreros despedidos. Distintas personas que habían concertado contratos con los patronos para nuevas construcciones, han considerado que sus obligaciones han terminado, en vista de la interrupción del trabajo, y ofrecieron a los obreros continuar el trabajo por su propio riesgo.

Estas propuestas fueron aceptadas sin largas reflexiones. Los obreros solteros abandonan Ginebra a la primera posibilidad. Sin embargo, cerca de dos mil familias quedan privadas de los medios habituales de subsistencia. Por esto, el Consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores, exhorta a todos los obreros y obreras honrados del mundo civilizado a prestar a los obreros de la construcción de Ginebra el apoyo moral y material en su lucha contra el despotismo capitalista.

Por encargo del Consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores:

Presidente, B. LUGRAFT

Tesorero, JOHN WESTON

Secretario general, GEORGE ECCARIUS

Londres, 5 de julio de 1870.



CARLOS MARX

Las matanzas de Bélgica

A los obreros de Europa y Estados Unidos

NO pasa una sola semana en Inglaterra sin que haya alguna huelga, y huelgas de gran escala. Si, con este motivo, el gobierno lanzase sus soldados contra la clase obrera, este país de huelgas se transformaría en un país de matanzas, pero no por mucho tiempo. Después de algunas experiencias de esta clase, el poder sería barrido. También en los Estados Unidos el número y la importancia de las huelgas han seguido aumentando en estos últimos años y a veces han revestido incluso un carácter de motines. Pero no ha corrido la sangre. En algunos grandes Estados militares de la Europa continental, la era de las huelgas comenzó con el fin de las guerras civiles en América. Pero tampoco allí corrió la sangre. Solo hay un país en el mundo civilizado donde cada huelga es ávida y alegremente tomada como pretexto para una matanza oficial de la clase obrera. Esta región, bendita entre todas, es Bélgica, el Estado modelo del constitucionalismo continental, este pequeño país, bien abrigado, este pequeño y agradable paraíso del propietario, del capitalista y del cura. La tierra no realiza tan seguramente su vuelta alrededor del sol, como el gobierno belga su matanza obrera anual. La de este año no difiere de la del año pasado, si no es por el número de sus víctimas más horrible todavía, por la ferocidad más odiosa de un ejército ridículo, por las alegrías más ruidosas de la prensa clerical y capitalista y por la gran frivolidad de pretextos puestos en juego por los carniceros del gobierno.

Ahora está ya probado, y por el mismo testimonio involuntario de la prensa capitalista, que si la huelga absolutamente legítima de los fundidores de las fábricas siderúrgicas Cockerill, de Seraing, se transformó en un motin, fué gracias a los fuertes destacamentos de caballería y de gendarmería lanzados de pronto contra esta plaza, con el fin de provocar a los trabajadores. Del 9 al 11 de abril, estos valientes guerreros cargaron audazmente a sablazos y a la bayoneta contra los obreros inermes, hirieron y mataron indistintamente a pacíficos transeúntes, forzaron los domicilios particulares y se distrajeron con ataques furiosos y repetidos contra viajeros sitiados en la estación de Seraing. Cuando pasaron estas jornadas luctuosas, se supo que el Sr. Kamp, alcalde de Seraing, es un agente de la Cockerill Joint Stock Company, que el ministro del interior de Bélgica, un cierto Sr. Pimez, es el mayor accionista de una hullera de la vecindad, también en huelga, y que su Alteza Real el conde de Flandes, ha colocado 1.500,000 francos en el consorcio Cokerill. Se llega, pues, a la conclusión verdaderamente extraña, de que la matanza de Seraing fué una especie de golpe de Estado de la Joint Stock Company, tranquilamente combinado entre la casa Cockerill y el ministro del Interior belga, con el simple objeto de hundir en el terror a sus súbditos descontentos. Sin embargo, esta calumnia fué muy pronto refutada por los acontecimientos que se produjeron en el Borinage, región carbonera donde el ministro del Interior de Bélgica, el llamado Pimez, no parece ser un capitalista destacado. Al estallar una huelga casi general entre los mineros de esta región, numerosas tropas que abrieron su campaña en Tiamates y

esta pequeña hazaña preliminar, se procedió a la lectura del acta curiosamente denominada en francés "intimaciones preliminares" y se reanudó la carnicería.

Algunos políticos atribuyen estos hechos a un patriotismo sublime. Teniendo en cuenta que está a punto de negociar con su vecino francés algunos puntos delicados, el gobierno belga, dicen, tenía el deber de mostrar el heroísmo de su ejército. De aquí esta división científica de las armas que reveló, primero, la irresistible impetuosidad de la caballería belga en Seraing y después el macho vigor de la infantería en Frameries. Para asustar al extranjero ¿hay algo más infalible que estos combates en el interior que verdaderamente no es posible perder y campos de batalla en los cuales los centenares de obreros muertos, mutilados y prisioneros proyectan tan glorioso resplandor sobre estos guerreros invulnerables que saldrán todos con la piel intacta?

Otros políticos, por el contrario, sospechan que los ministros belgas se han vendido a las Tullerías y que juegan periódicamente estas horribles escenas de una pretendida guerra civil, con la intención deliberada de proporcionar a Luis Bonaparte un pretexto para salvar la sociedad en Bélgica, como la ha salvado en Francia. Pero el ex-gobernador Eyre, ¿fué jamás acusado de haber organizado las matanzas de negros en Jamaica con el fin de arrebatarse esta isla a Inglaterra para echarla en manos de los Estados Unidos? Nadie duda que los ministros belgas sean excelentes patriotas de la especie de M. Eyre. Como éste fué instrumento sin escrúpulos de los plantadores de las Indias occidentales, ellos son los instrumentos sin escrúpulos de los capitalistas belgas.

El capitalista belga ha conquistado una gran celebridad en el mundo por su pasión original por lo que llama la libertad de trabajo. Ama tanto esta libertad para todos los que trabajan para él durante toda su vida, sin distinción de edad ni de sexo, que ha rechazado siempre con indignación toda ley de trabajo que atentase contra esa libertad. Tiembla a la sola idea de que un simple obrero pueda ser bastante malvado para reclamar un destino mejor que el que le está reservado: enriquecer a su amo y señor natural. No solamente quiere que su obrero siga siendo un miserable siervo cargado de trabajo y mal pagado, sino, como todos los propietarios de esclavos, quiere que sea un siervo doblado, servil, triste, moralmente abatido, religiosamente humilde. De ahí su furia delirante ante las huelgas. Para él la huelga es un blasfemia, una revuelta de esclavos, la señal de un cataclismo social. Ahora, colocad entre las manos de tales hombres — crueles aunque no fuese más que por poltronería — el poder indivisible, incontrolable, absoluto, del Estado, como es realmente el caso en Bélgica, y no os asombraréis de ver que el sable, la bayoneta y el fusil sirven en este país de instrumentos legítimos y normales destinados a mantener los salarios bajos y aumentar las ganancias. ¿Pero a qué otro fin podría de hecho servir el ejército belga? Cuando por orden de la Europa oficial Bélgica fué declarado país neutral, se hubiera debido lógicamente prohibirle el costoso lujo de un ejército, salvo tal vez un puñado de soldados, lo justo suficientemente para montar la guardia real y servir en una revista de marionetas reales. Sin embargo, con sus 536 square leagues (1) de territorio, Bélgica posee un ejército más grande que el del Reino Unido o el de los Estados Unidos. El campo de acción de este ejército neutralizado, se halla fatalmente limitado al número de sus razzias contra la clase obrera.

Se comprenderá que la Asociación Internacional de Trabajadores no fuese bien acogida en Bélgica. Excomulgada por los curas, calumniada por la prensa respetable, no tardó en venir a las manos, por decirlo así, con el gobierno. Este último trató de desembarazarse de ella haciéndola cargar con la responsabilidad de las huelgas carboneras de Charleroi en 1867-68, huelgas terminadas, según la inmutable regla belga, con matanzas oficiales seguidas de persecuciones judiciales contra las víctimas. Sin embargo, no solamente esta intriga fracasó, sino que además la Asociación se consagró activamente a hacer pronunciar un veredicto de inculpabilidad en favor de los mineros de Charleroi, y por consecuencia un veredicto de culpabilidad contra el propio gobierno. Afligidos por esta derrota,

(1) leagues, medida itineraria equivalente a tres millas inglesas.

los ministros belgas dieron libre curso a su spleen. lanzando una furibunda denuncia desde lo alto de la tribuna de la Cámara de Diputados contra la Asociación Internacional de Trabajadores y declararon pomposamente que no autorizarían nunca la celebración de su congreso general en Bruselas. A pesar de estas amenazas, el congreso se celebró en Bruselas. Pero ahora, por fin, la Internacional tiene que sucumbir ante las 536 leguas de la omnipotencia belga. Su culpable complicidad durante los recientes acontecimientos ha sido probada y no hay la menor sombra de duda. Los emisarios del Comité central de Bruselas y algunos de los comités locales, están convictos de varios crímenes flagrantes. Primero se han consagrado a calmar la excitación de los obreros en huelga y a ponerlos en guardia contra las celadas del gobierno. En algunas localidades evitaron en efecto efusiones de sangre. Y en fin, y no es este el menor de sus crímenes, estos siniestros emisarios se dedicaron a observar sobre el terreno, hicieron verificar por testigos, anotaron cuidadosamente y denunciaron públicamente las sangrientas divagaciones de los defensores del orden.

Con un simple proceso de encarcelamiento fueron inmediatamente convertidos de acusadores en acusados. Entonces, los domicilios de los miembros del comité bruselés fueron brutalmente invadidos, todos sus documentos fueron requisados y algunos hombres detenidos bajo la acusación de pertenecer a una asociación "fundada con el objeto de atentar contra la vida y los bienes de los particulares". En otros términos, se les acusó de formar parte de una asociación de malhechores comunmente llamada Asociación Internacional de Trabajadores. Espoleados por los frenéticos gritos de los clericales y los rugidos salvajes de la prensa capitalista, este gobierno de pigmeos fanfarrones trata decididamente de ahogarse en un charco de ridículo, después de haberse bañado en un mar de sangre.

Ya el comité central de Bélgica ha anunciado su intención de entregarse a una minuciosa investigación (y de publicar en seguida sus resultados) sobre las matanzas de Seraing y del Borinage. Haremos circular las revelaciones de esta investigación por todo el mundo, con el fin de abrir los ojos del universo sobre las mezquinas fanfarronadas de los capitalistas belgas: "La libertad, para dar la vuelta al mundo, no tiene necesidad de pasar por aquí (Bélgica)."

Tal vez el gobierno belga, que se vanagloria de haber obtenido, después de la revolución de 1848-49, un aplazamiento de la muerte, transformándose en agente de policía de todos los gobiernos reaccionarios del continente, piensa de nuevo ahora evitar un peligro inminente desempeñando ostensiblemente el papel de gendarme del capital contra el trabajo. Pero esto es un grave error. En lugar de retardar, no hará más que precipitar la catástrofe. Al hacer a Bélgica una tal reputación mundial cerca de las masas trabajadoras, no hará más que derribar el último obstáculo ante el déspota que trata de borrar el nombre de este país del mapa de Europa.

El Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores llama a los obreros de Europa y Estados Unidos a abrir suscripciones para atenuar los sufrimientos de las viudas, de las esposas y de los hijos de las víctimas belgas y también para cubrir los gastos indispensables para la defensa ante la justicia de los obreros detenidos y para la investigación proyectada por el Comité de Bruselas.

Por orden del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores:
 R. APPLGARTH, presidente. R. SHAW, secretario para América. BERNARD, secretario para Bélgica. EUGENE DUPONT, secretario para Francia. JULES JOHANNARD, secretario para Italia. A. ZABIECKI, secretario para Polonia. R. JUNG, secretario para Suiza. COWEL STEPNEY, tesorero. I. G. ECCARIUS, secretario del Consejo General.

Londres 4 de mayo de 1869.

Todas las contribuciones en favor de las víctimas de las matanzas belgas, deben ser dirigidas a la oficina del Consejo General, 256 High Holborn, Londres.

C. MARX

Situación de los sastres alemanes en Londres

LA siguiente circular ha sido ampliamente difundida en Alemania en los dos últimos meses:

“Los sastres alemanes de Londres a sus colegas de Alemania:

Colegas:

Durante muchos años, cada vez que los obreros de una rama cualquiera elevaban quejas o exigían un mejoramiento de su suerte, los patronos les amenazaban habitualmente con hacer venir obreros extranjeros. El peligro no reside en este acto — ya que el objeto era en general obtenido con esta simple amenaza — sino en la posibilidad de la amenaza misma. Los maestros sastres de Londres, que durante más de treinta años no han tolerado jamás la menor objeción de sus obreros, consideraban que proferir amenazas estaba por debajo de su dignidad. En cuanto surgía una diferencia cualquiera, despachaban inmediatamente sus agentes al continente para reclutar allí mercenarios industriales con ayuda de los cuales querían aplastar a los rebeldes recalcitrantes; pero en sus cálculos no tuvieron en cuenta a los interesados, olvidaron que los obreros podían servirse del telégrafo.

La ayuda de la Asociación Internacional de Trabajadores permitió hacer fracasar sus planes. Con gran sorpresa de los patronos y de la prensa de las clases medias, estos agentes volvieron sin haber alcanzado su objeto. Se había acabado el lock-out. Ahora bien, por más que los obreros hayan aceptado la “tarifa” propuesta por la Federación de los maestros sastres, el acuerdo del 6 de abril no puede ser considerado más que como una tregua.

Algunos maestros han tratado ya de infringir su propia “tarifa”. Otros han dado a entender que la estación muerta vendría y haría necesarios algunos cambios. Por una comunicación aparecida en el Times, la Federación de maestros sastres londinenses invitaba a los maestros sastres del Reino Unido a una conferencia que deberá tener lugar en el mes de agosto de 1866. Las perspectivas de hoy y de mañana del problema obrero tendrán que ser debatidas allí, obtenido un acuerdo satisfactorio entre los patronos y adoptado un sistema que permita a los maestros continuar sus negocios sin dificultades en caso de huelga.

Los obreros oponen su Asociación unificada de sastres (Amalgamated Tailors Association) cuyas ramificaciones se extienden por todo el Reino. Algunos patronos intentaron hacer realizar en provincias el trabajo rechazado por los

estrechos vínculos de clase entre los latifundistas semif feudales y la burguesía mejicana.

Como evidencian los números subsiguientes de "El Machete", la redacción ha hecho con mucha inseguridad el análisis de las clases existentes en Méjico. Sin embargo, en vez de rectificar posteriormente el error cometido, la redacción siguió ahondándole. En el número 243 publicó una carta de la célula número 3 en la que los camaradas manifiestan que la aseveración de la redacción "está en contradicción flagrante con las enseñanzas de Marx y de Lenin, que claramente determinan las clases y señalan dos clases..." Al negar la existencia de la "clase" de la pequeña burguesía, intermedia entre la burguesía y el proletariado, los camaradas citados "rectifican" al mismo tiempo el error de la redacción indicando que en Méjico existen solamente dos clases: proletariado y burguesía. En su nota hecha al margen de esta carta, la redacción con el espíritu de "autocrítica", manifiesta: "la opinión de los camaradas es justa. La redacción reconoce el error cometido..." (¡!)

5.—En el número 242, en la misma Sección de la Construcción del Partido, en un artículo que trata de los aliados del proletariado, la redacción alude tan sólo a los campesinos pobres, omitiendo en absoluto a los medios. Sólo en las condiciones de lucha inmediata contra el capitalismo (desgraciadamente, esta formulación errónea se encuentra en el mismo artículo mencionado), es decir, en las condiciones de lucha por la conquista del poder por el proletariado, por la dictadura del proletariado, la consigna fundamental de los bolcheviques en el problema campesino es la consigna de la alianza con los campesinos pobres, y la neutralización del campesino medio. Sin embargo, como ya indicamos más arriba, tanto el C.C. del Partido como la redacción de "El Machete", en sus orientaciones generales, parten del hecho de que la revolución mejicana será en su etapa próxima democráticaburguesa. Y en la revolución colonial democráticaburguesa, en la lucha contra los terratenientes y contra la dominación del imperialismo, por la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado, los campesinos medios son uno de los aliados cardinales del proletariado.

6.—En el número 246, el artículo está dedicado a los principios del centralismo democrático. Explicando, en lo fundamental con acierto, estos principios (sobre todo, la cuestión de la centralización, de la dirección y de la disciplina del Partido) el artículo no subraya lo suficiente uno de los principios esenciales del centralismo democrático: la elegibilidad de los órganos del Partido. Y este principio tiene una singular importancia para el Partido Comunista de Méjico, donde en una serie de casos la elegibilidad se substituye por la cooptación, aunque la situación no siempre fuerza a recurrir a este medio.

7.—Tanto en el número 243 como en el número 247, la redacción, al explicar la estructura orgánica del Partido Comunista y su diferencia de principio con la estructura de los partidos burgueses y burgueseslatifundistas, se detiene fundamentalmente en la cuestión de la necesidad de crear células de empresa en las empresas industriales, en las plantaciones, en las fincas, etc. Estas indicaciones, aun siendo absolutamente acertadas, no proporcionan sin embargo, al afiliado de base lo más importante: la noción de la forma en que debe actuar la célula, en qué consiste su labor cotidiana, *en qué consiste la labor cotidiana de cada afiliado a la célula*, etc. Y la redacción debía haber prestado una atención especial precisamente a la explicación de esta cuestión. En los números subsiguientes de "El Machete" deberá volver sobre este asunto.

8.—Sería de desear que la redacción coordinase, en primer lugar, en mayor medida de lo que se hacía hasta ahora, los problemas que trata en la Sección de la Construcción del Partido con las concretas condiciones del país y con la situación interior del mismo Partido, y en segundo lugar, que consiguiese la transformación de esta sección en un verdadero centro de intercambio de experiencias en la labor del Partido, tanto de militantes aislados del Partido como de organizaciones enteras (comités del Partido, seccionales y comarcales, y sobre todo, células de fábrica y talleres), organizando la obtención de sus correspon-

MINISTERIO
DE CULTURA

